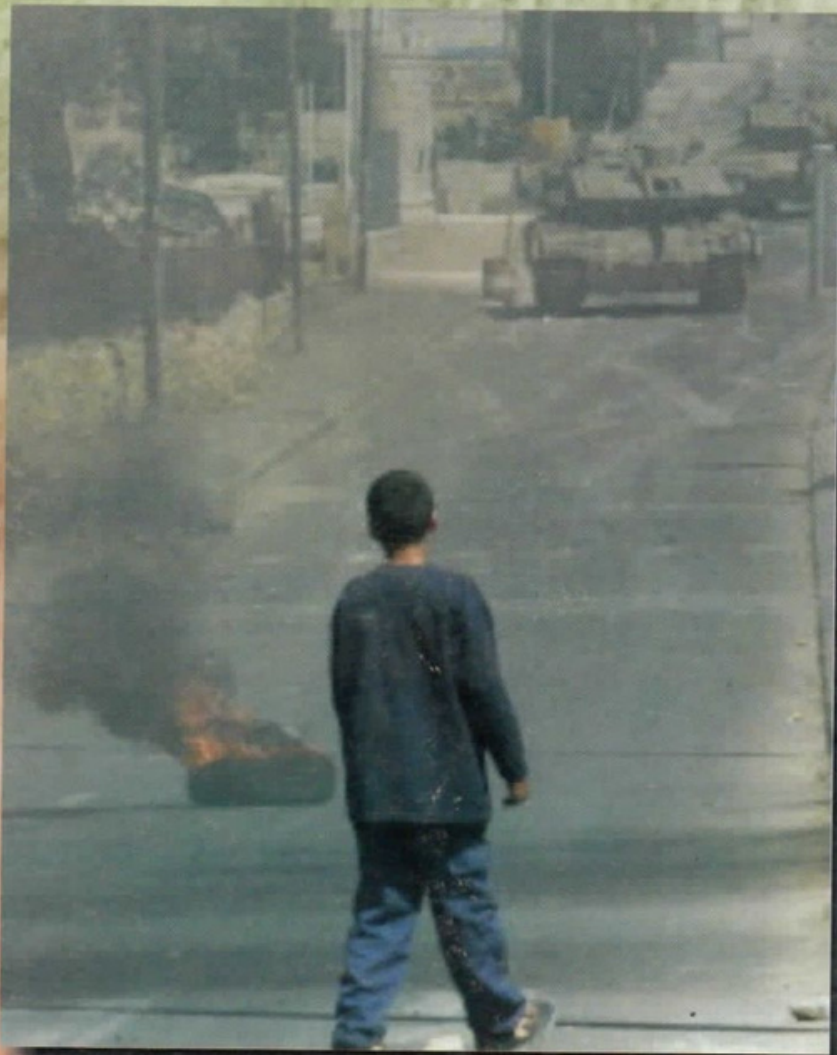




¡VIVA PALESTINA LIBRE!



PARTIDO OBRERO SOCIALISTA

Línea de Izquierda

Revista trimestral de la
Unión de la Clase Trabajadora
Agrupación Política Nacional

Sinaloa 60-1 Col. Roma, CP 06700.
Delegación Cuauhtemoc, México, DF.
Tels 52070556, 50963393 y 94

E-mail:
uclatuit@hotmail.com
uclat@prodigy.net.mx

Director General:
Armando Padilla

Directora de Edición:
Rocío Herrero H.

Coordinadora de Información:
Cristina Brito

Consejo de Redacción:
Alfonso Méndez, Miguel Cariño,
Salvador Ramos, José Luis Arévalo,
Blanca E. Lujano, José Ramos,
Elizabeth Jiménez, Herminio Navarro,
Luis Arias, Adolfo T. Rafael Rocillo.

Corrección:
Yael Ahumada.

Captura:
Alejandra Hernández.

Fotos:
Nain León, David Jaramillo
y Archivo UCLAT.

Revista N0. 9 Marzo-Abril del 2002.

El Socialista

Periódico del Partido Obrero Socialista

El POS es la sección mexicana de la Liga
Internacional de los Trabajadores-Cuarta
Internacional

Oficinas centrales: Xòlotl 23, col.
Tlaxpana, México, D. F. CP 11370.
Tels. 5591-0168 y 5703-2244 (fax)

e-mail: posmex@prodigy.net.mx

Diseño:
Francisco Cruz Retama.

Diseño de Portada y Contraportada:
Perfil Urbano A.C.

Los artículos que aparecen firmados son
de responsabilidad
exclusiva de sus autores.

línea de
izquierda

El Socialista**Índice**

Por una Palestina laica, democrática y no racista	1
Presentación	2
Palestina: historia de una colonización Por Roberto Fanjul y Gabriel Zadunaisky	7
Escritos de Nahuel Moreno	
Consigna democrática palestina que puede abrir paso a la revolución obrera	35
Israel, un estado nazista	39
¿Quién oprime, quién es el oprimido?	40
Cronología	41
Otros textos	
¿Qué son el sionismo e Israel? Por Mercedes Petit y Gabriel Zadunaisky	47
¡Fuera los genocidas sionistas de Cisjordania y Gaza! Declaración de la Unidad Internacional de los Trabajadores (Cuarta Internacional)	49
La primera derrota de la ofensiva imperialista puede suceder en el oriente medio (fragmentos) Declaración de la Liga Internacional de los Trabajadores (Cuarta Internacional)	51

Por una Palestina laica, democrática y no racista

La rebelión del pueblo palestino en contra de los ocupantes israelitas de su territorio, es uno de los grandes acontecimientos mundiales. La segunda *Intifada* o levantamiento de los palestinos está cimbrando a todo el mundo. Un pueblo de menos de cuatro millones de habitantes está luchando heroicamente tan sólo por contar con un país, un territorio y un Estado, pues fue injusta y violentamente despojado. Al comenzar el tercer milenio y un nuevo siglo, los palestinos deben pelear por lo que luchamos los latinoamericanos hace casi doscientos años: por la independencia nacional y en contra de los colonizadores extranjeros.

Pero este batallar en el mundo «globalizado» de hoy, por una demanda democrática tan elemental, se enlaza con la revolución socialista internacional y es parte de ella. Esta causa golpea y debilita al mayor poder mundial, Estados Unidos, y a su gendarme en el Oriente cercano, el Estado de Israel.

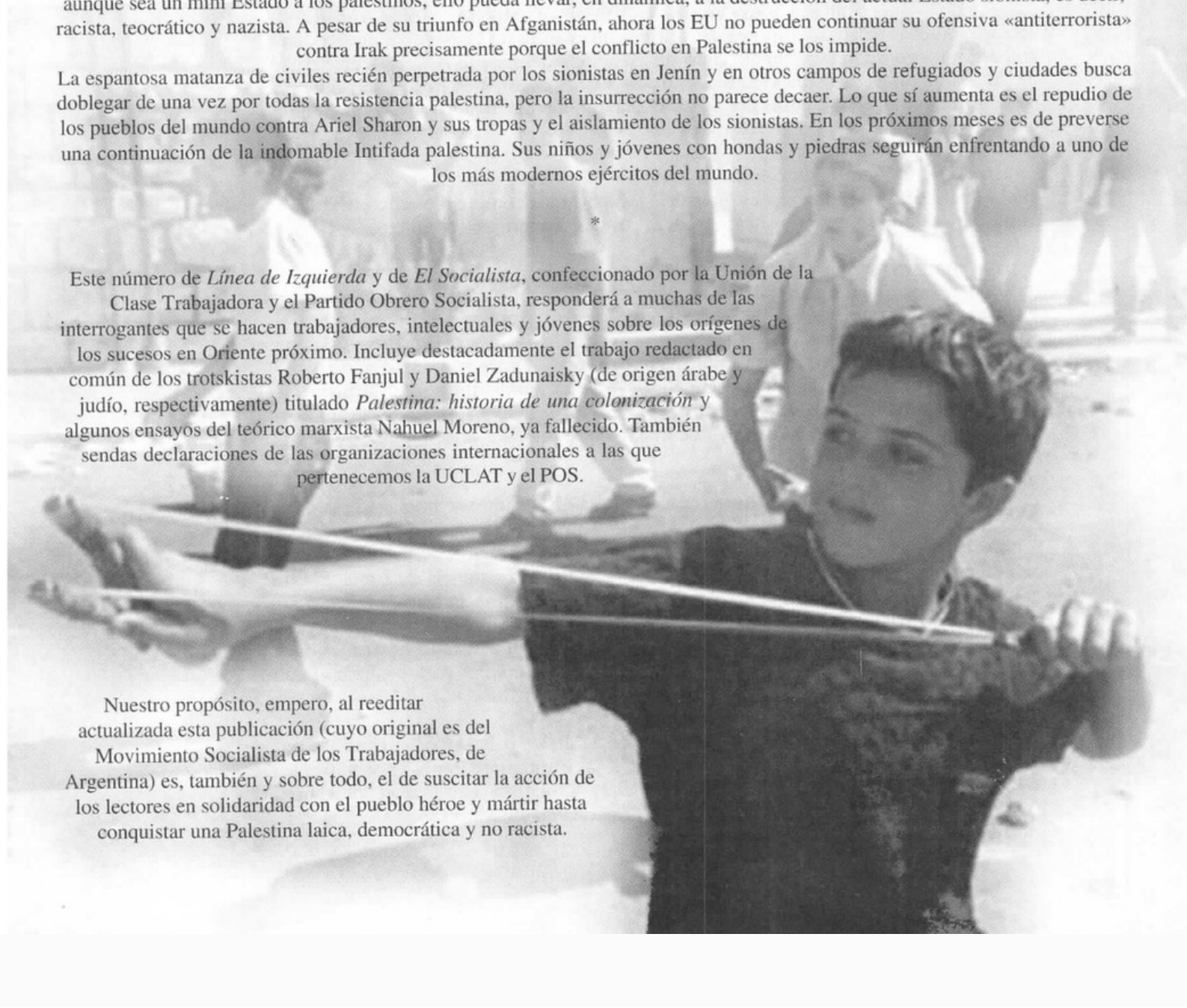
Aunque los palestinos todavía no conquistan su Estado, ya se han apuntado algunos triunfos. El proyecto expansionista original de Israel y de sus patrocinadores imperialistas (no de todos los judíos) era que expandirse «desde el Río Nilo al Eúfrates», es decir, pretendían despojar a numerosos países de una región de gran importancia geopolítica, en la que están los más grandes yacimientos petroleros del planeta. Además, le es vital al imperio contar en este sitio con un Estado-policía que ponga en «orden» a los cientos de millones de árabes, que en estos años han sido un constante dolor de cabeza para sus intereses y dominación. El sueño imperialista de un *Gran Israel* fue sólo eso, y distintos sectores sionistas temen que, si ceden aunque sea un mini Estado a los palestinos, ello pueda llevar, en dinámica, a la destrucción del actual Estado sionista, es decir, racista, teocrático y nazista. A pesar de su triunfo en Afganistán, ahora los EU no pueden continuar su ofensiva «antiterrorista» contra Irak precisamente porque el conflicto en Palestina se los impide.

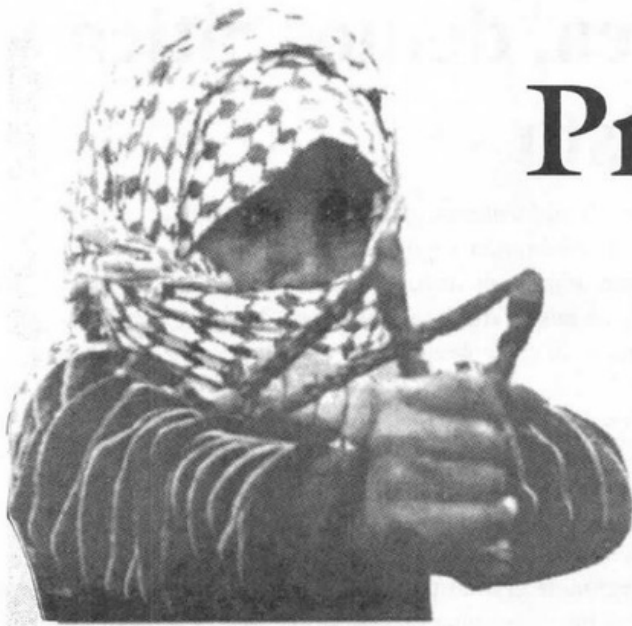
La espantosa matanza de civiles recién perpetrada por los sionistas en Jenín y en otros campos de refugiados y ciudades busca doblegar de una vez por todas la resistencia palestina, pero la insurrección no parece decaer. Lo que sí aumenta es el repudio de los pueblos del mundo contra Ariel Sharon y sus tropas y el aislamiento de los sionistas. En los próximos meses es de preverse una continuación de la indomable Intifada palestina. Sus niños y jóvenes con hondas y piedras seguirán enfrentando a uno de los más modernos ejércitos del mundo.

*

Este número de *Línea de Izquierda* y de *El Socialista*, confeccionado por la Unión de la Clase Trabajadora y el Partido Obrero Socialista, responderá a muchas de las interrogantes que se hacen trabajadores, intelectuales y jóvenes sobre los orígenes de los sucesos en Oriente próximo. Incluye destacadamente el trabajo redactado en común de los trotskistas Roberto Fanjul y Daniel Zadunaisky (de origen árabe y judío, respectivamente) titulado *Palestina: historia de una colonización* y algunos ensayos del teórico marxista Nahuel Moreno, ya fallecido. También sendas declaraciones de las organizaciones internacionales a las que pertenecemos la UCLAT y el POS.

Nuestro propósito, empero, al reeditar actualizada esta publicación (cuyo original es del Movimiento Socialista de los Trabajadores, de Argentina) es, también y sobre todo, el de suscitar la acción de los lectores en solidaridad con el pueblo héroe y mártir hasta conquistar una Palestina laica, democrática y no racista.





Presentación

Décadas atrás era habitual escuchar al general israelí Moshe Dayan hablar de una «guerra de mil años» contra los palestinos. Muchos habrán tomado aquellas palabras como exageraciones propias de un fascista paranoico. Sin embargo, luego de más de medio siglo de existencia del Estado de Israel, en octubre de 2000 una nueva Intifada sacude al mundo. Otra vez, un ejército moderno y poderoso, armado hasta los dientes por EE.UU., acribilla y masacra jóvenes y niños que usan piedras, molotovs y algunos viejos fusiles.

Un elemental sentimiento humano y democrático abre paso a la solidaridad con el pueblo palestino contra la represión israelí. Mucho más complejo es encontrar el camino hacia una solución justa y duradera para ese sangriento conflicto.

Para aportar en el apoyo a la lucha palestina y en la búsqueda de esa solución, reeditamos nuevamente este trabajo de hace casi treinta años: *Palestina: historia de una colonización*. Fue publicado en 1973 en *Revista de América* (editada por el Partido Socialista de los Trabajadores - PST, como se denominaba nuestra organización hasta su proscripción en 1976). Grandes cambios han ocurrido en estas tres décadas, pero la clave del conflicto se encuentra respondiendo las preguntas de **qué son el sionismo y el Estado de Israel**. Esto no ha cambiado, y por eso sigue la lucha palestina. El trabajo que presentamos es una exhaustiva y documentada respuesta a esas preguntas y una propuesta programática.

Muchas cosas son distintas ahora respecto de 1948, cuando se implantó ese enclave en la tierra palestina y su pueblo fue masacrado, sometido y obligado al exilio masivo. En los sesenta se fundó la OLP (Organización para la Liberación de Palestina), encabezada por Jasser Arafat. Además de rechazar la ilegítima existencia de Israel, la OLP se fue haciendo grande levantando el llamado a pelear **por una Palestina laica, democrática y no racista**. Ofrecía así a todos sus habitantes, árabes o judíos, acabar con el racismo propio del sionismo, gozar de iguales derechos y un Estado no confesional, independiente de toda religión, con libertad para sus habitantes para profesar el culto que quieran, o ninguno, según el deseo de cada uno.

A medida que se fue fortaleciendo la resistencia de los palestinos, su conducción, Arafat, fue cediendo a las presiones de EE.UU., las burguesías árabes y los mismos israelíes, traicionando aquellas banderas históricas. Comenzó a aceptar «el derecho a la existencia» del Estado de Israel y a legitimar la presencia de los invasores con la promesa futura de lograr «dos estados».

Israel, obligado a mantenerse en el constante esfuerzo militar propio de un ejército de ocupación, se fue debilitando. Tuvo que devolver los territorios ocupados a Egipto en 1967 (el Sinaí) y comenzar a hacer negociaciones para otorgar «autonomía palestina» en Gaza y Cisjordania (parcial y sin renunciar a los asentamientos coloniales en ellos). Se negoció incluso la perspectiva de un «estado palestino».

La recuperación parcial de los territorios de Gaza y Cisjordania es una conquista, aunque limitada, de la lucha de décadas de su pueblo. La movilización no se detiene y nuevas generaciones se incorporan al combate contra Israel, por dos razones íntimamente ligadas. En primer lugar, no cambió en nada el carácter del Estado de Israel, racista e invasor. Nació como una ocupación colonial financiada por EE.UU. y así viene sobreviviendo por más de medio siglo. **Todo** su territorio es ilegítimo, porque pertenecía a otro pueblo, una abrumadora mayoría árabe, que convivía pacíficamente con una minoría judía hasta que llegó el sionismo y lo arrasó con un genocidio. En segundo lugar, los «territorios autónomos» son poco más que los campamentos de refugiados donde han vivido los palestinos todos estos años. No tienen ninguna viabilidad económica propia y un tercio de sus trabajadores entran cotidianamente a Israel a desempeñar las tareas peor remuneradas. Por eso en 1987 comenzó la Intifada (levantamiento, en árabe). La resistencia palestina se alimenta tanto de la represión cotidiana del ejército de ocupación como de la miseria y la falta de perspectivas.

Nuestro llamado es al apoyo a esa lucha, hasta que definitivamente recuperen su tierra. A los jóvenes judíos de todo el mundo, a los jóvenes y trabajadores israelíes, a todas las personas con sentimientos democráticos, los llamamos a rechazar el racismo y la opresión de ese Estado y a solidarizarse con la justa causa del pueblo palestino.

Completamos el tema con una exhaustiva cronología y los siguientes textos:

Escritos de Nahuel Moreno

* «*Consigna democrática palestina que puede abrir paso a la revolución obrera*». Publicado en **Correspondencia Internacional** en setiembre de 1982. Moreno polemizaba con un grupo de compañeros chilenos que habían abandonado el lambertismo y se incorporaban a nuestra corriente (por entonces denominada LIT-CI). Allí encontramos una amplia caracterización de la OLP.

* «*Israel, un estado nazista*». Publicado en **Primer Congreso Mundial de la LIT-CI [1985]**, Ediciones Crux, p. 123/4. En una de sus intervenciones en el Congreso Mundial, Moreno se refirió brevemente a la definición del Estado de Israel.

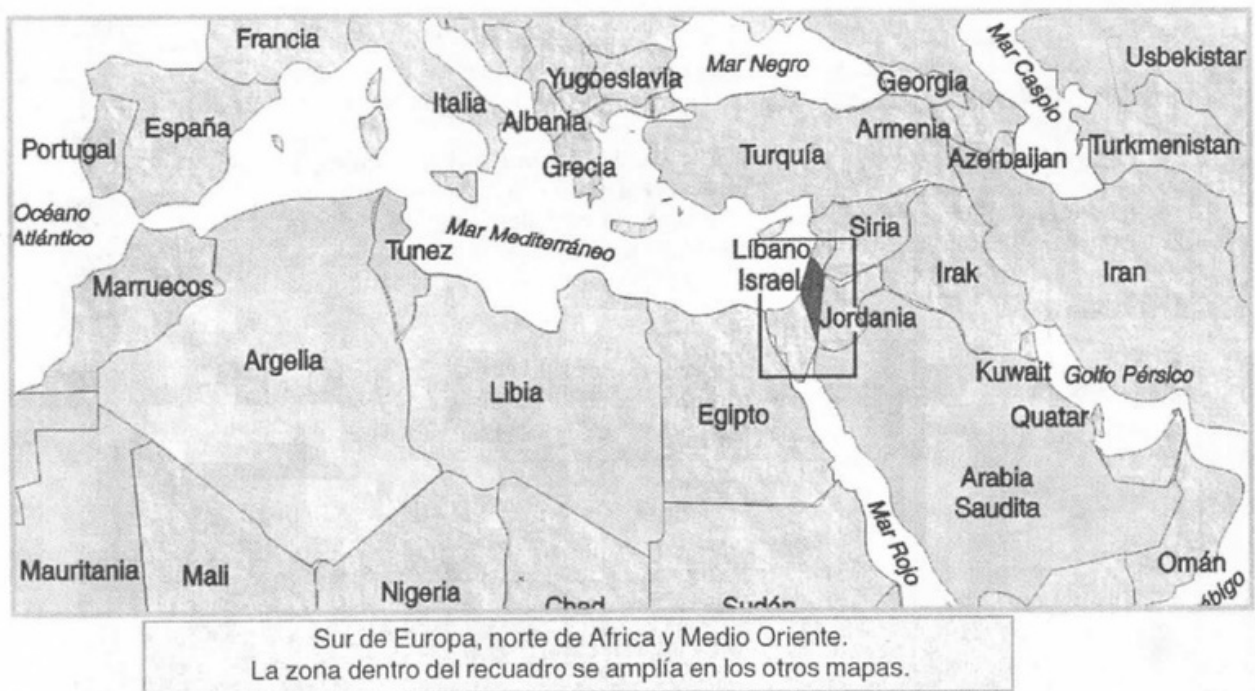
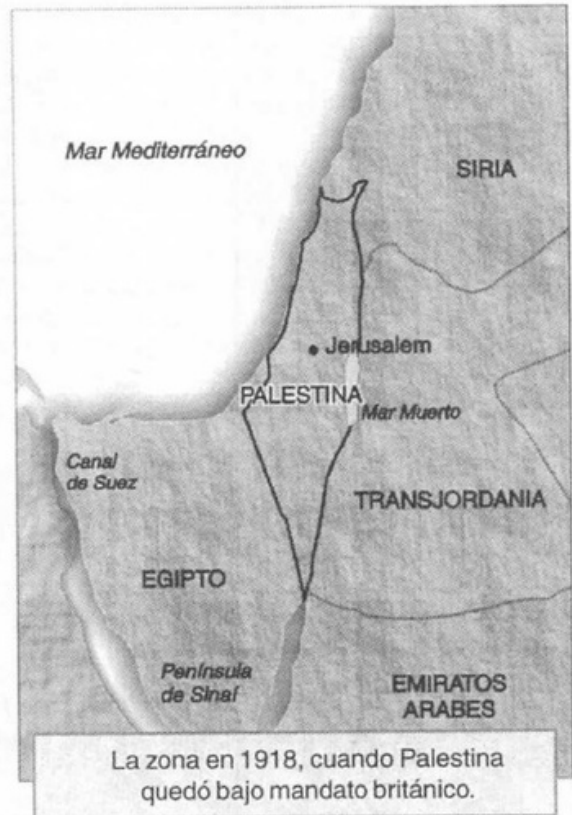
* «*¿Quién oprime, quién es el oprimido?*». Publicado en **Conversaciones**, Ediciones Antídoto, p. 5/7. En esa pregunta, Moreno se delimita de las acusaciones de «antisemita», define como opresores a los sionistas en Palestina y ubica el terrorismo árabe como una consecuencia de esa brutal opresión.

Otros textos

* «*¿Qué son el sionismo e Israel?*». Mercedes Petit y Gabriel Zadunaisky. Fragmento de una carta abierta al Partido Obrero, del 11 de marzo de 1984. Polemizando contra sus posiciones prosionistas, se ubica las características del «ala izquierda» del sionismo y su consigna de «paz por tierra».

Los mapas del conflicto

Un territorio en disputa.
 En Palestina durante miles de años vivió un pueblo árabe con una minoría judía.
 A comienzos del siglo XX eran dominados por el imperio otomano.
 A partir de 1918 pasaron a manos del imperio británico.
 En un antiguo mapa de Palestina luego de la primera guerra mundial se puede apreciar la configuración de la zona. Eran todas naciones árabes.
 Desde 1947-48 la «zona oscura» de los mapas indica la implantación sionista y sus ampliaciones





La parte más oscura indica los territorios usurpados por el ejército sionista, en la guerra de 1947-48, en los cuales se instala el Estado de Israel.

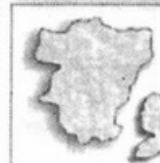
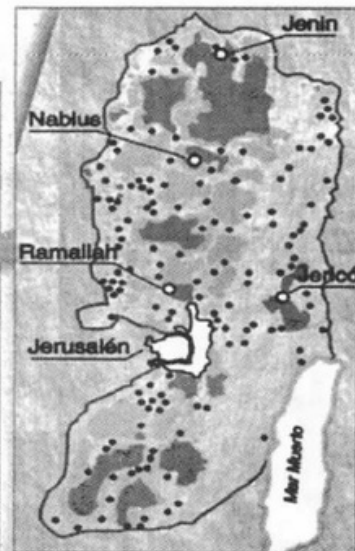
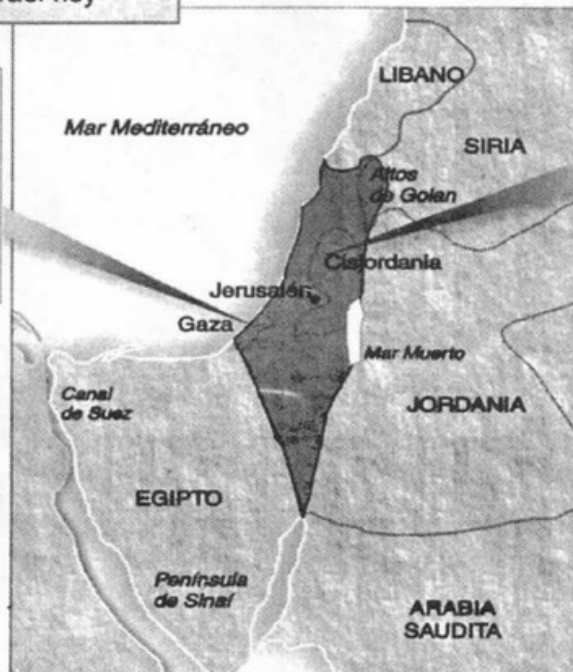


En la guerra de 1967, los territorios usurpados se extienden al Sinaí y Gaza (Egipto), las alturas del Golán (Siria) y Cisjordania (Jordania).







El Estado de Israel hoy



- Autoridad civil y control de seguridad palestinos
- Control civil palestino y seguridad militar israelí
- Asentamientos israelíes. En Cisjordania hay 200.



El tamaño de Cisjordania representa un tercio de la Provincia de Tucumán

	ISRAEL
	Efectivos Unos 600.000 soldados (425.000 reservistas)
	Blindados 3800 tanques, 5500 vehículos de transporte
	Aviones de Combate 459 aparatos operacionales
	Helicópteros de ataque 130 aparatos
	Marina 53 navíos
	Fuerzas nucleares Una centena de ojivas (estimación)

Fuerzas militares

PALESTINA,
Historia de una
colonización,
Fanjul y Zadunazky,
1973. PST Argentina

Bombardeo del ejército israelí en Ramallah

	PALESTINA
	No tiene ejército regular Fuerzas paramilitares Unos 35.000 hombres
	Armamento Armas livianas, 45 blindados de transporte, 2 helicópteros de transporte

Fuente La Nación 13/10/00



PALESTINA

PALESTINA

historia de una colonización

Roberto Fanjul
Gabriel Zadunaizky
-1973-



50 años de lucha contra el Estado de Israel

Introducción

El tema central de este trabajo es el carácter del Estado de Israel, desde los orígenes del movimiento sionista hasta el papel que cumple hoy día en el escenario político y social de Medio Oriente. Nos hemos entonces circunscripto casi exclusivamente a la trayectoria del sionismo en Palestina.

Con respecto a la actual situación de Medio Oriente, no se puede tomar una posición correcta, sin antes haber precisado el carácter del Estado de Israel y de su rol actual. Dada la monumental acumulación de fábulas, verdades a medias o mentiras completas que sobre este tema nos sirven diariamente desde la prensa imperialista, nos pareció necesario remontarnos hasta los orígenes de la corriente colonizadora que trajo como consecuencia la fundación de Israel y ha motivado más de treinta años de luchas sangrientas en esa zona tan vital del planeta.

Antes de entrar a considerar la trayectoria del sionismo, en especial del sionismo en Palestina, es necesario decir algunas palabras sobre la situación particular por la que atravesaban los judíos en Europa desde mediados del siglo pasado, ya que en ese marco histórico nace el movimiento sionista.

No hay quizás un problema histórico sobre el que se haya fabulado tanto como sobre el problema de «supervivencia» de los judíos a través de los siglos. «Historiadores» idealistas, curas, rabinos, etc., han tratado de explicar este fenómeno apelando a diversos mitos: desde las características de la religión hebrea, hasta las fábulas de carácter racista (es decir, que los judíos

constituirían una «raza» con características especiales que los mantendrían inmutables en cualquier circunstancia histórica).

El marxismo ha despejado toda esta maraña mitológica. Los estudios de Carlos Marx, primero, y especialmente luego los del gran marxista Abraham León¹ han establecido científicamente las causas materiales e históricas de la «originalidad» del pueblo judío. Estas causas son terrenales y no tienen nada que ver ni con Jehová, ni con una supuesta «esencia» racial inmutable a través de las edades, como suponen tanto los antisemitas como los sionistas.

El secreto de la supervivencia judía es muy simple: en las sociedades precapitalistas, los judíos constituyeron una clase social; o mejor dicho, un pueblo-clase. No son el único ejemplo en la historia: los gitanos, por ejemplo, constituyeron también un pueblo-clase.

En las sociedades precapitalistas, los judíos representaban las formas «prehistóricas» del capital, tanto en el mundo antiguo como en el mundo feudal. En la sociedad feudal, por ejemplo, tenemos las siguientes clases: los señores feudales (nobles o curas) y los siervos de la gleba. Estos siervos trabajaban la tierra y debían entregar parte del producto al señor feudal. Casi todo lo producido era directamente consumido o usado, ya sea por el señor y los curas o por los siervos. No se producía para vender o cambiar el producto en el mercado y obtener una ganancia. Era fundamentalmente una sociedad productora de valores de uso y no de valo-

res de cambio como es nuestra actual sociedad capitalista. El cambio, y el dinero, sin embargo, existían. Pero el cambio era la excepción, no la regla. La compra-venta y el préstamo de dinero se desarrollaban relativamente al margen del modo de producción de esas sociedades productoras de valores de uso. Por eso eran ejercidos por «extranjeros», por pueblos-comerciantes (fenicios, judíos, lombardos, etc.). Pueblos-clase que, como decía Marx, existían en los poros de la sociedad productora de valores de uso. Los judíos son la supervivencia de una vieja clase mercantil y financiera precapitalista.

Sobre esas relaciones materiales se elevaba la superestructura institucional e ideológica: autoridades comunitarias, una religión «especial», el mito de considerarse descendientes del primitivo pueblo hebreo que habitaba en Palestina al principio de nuestra era, etc. Esta superestructura ayudaba a mantener la cohesión del pueblo-clase pero, al mismo tiempo, falseaba la verdadera naturaleza de su existencia. Este fenómeno de falsa conciencia es, por otra parte, común a todas las ideologías.

La función de los judíos como pueblo-clase no sólo explica su supervivencia, sino también su asimilación. Abraham León prueba con enormidad de datos que, en los lugares y las épocas donde los judíos perdían ese carácter de pueblo-clase, tarde o temprano su superestructura ideológica e institucional se derrumbaba y terminaban asimilándose. También esto explica por qué no hay unidad racial entre los judíos: durante toda la historia de

las sociedades pre-capitalistas, son numerosos los casos de conversión, a veces masiva, al judaísmo. Oculto bajo ese manto ideológico-religioso, se producía el fenómeno de la incorporación de individuos o grupos enteros al pueblo-clase. Eso explica que haya habido judíos de «raza» mongólica en el Daghestan, judíos negros (los Falasha) en Etiopía, judíos árabes en el Islam y judíos de origen eslavo en Europa Oriental. El mito de la descendencia común de Abraham o de los habitan-



Campamento de refugiados palestinos

tes de Palestina a principio de nuestra Era, no resiste al menor exámen.

Al desarrollarse el capitalismo, a la vieja clase comercial pre-capitalista judía se le fueron disolviendo las bases materiales de su existencia como pueblo-clase. En Europa Occidental, especialmente en Inglaterra, donde más tempranamente se desarrolla el modo de producción capitalista, los judíos comienzan en forma natural a asimilarse. Este proceso hubiera sido general -con el retardo lógico que imponen las rémoras religiosas, familiares, etc.- si el capitalismo -a escala mundial- hubiera seguido siendo progresivo. Pero antes que finalizara en toda Europa este proceso natural de asimilación, proceso que apenas si había comenzado en la atrasada Europa Oriental, el capitalismo se convierte en imperialismo. Es decir, deja de ser progresivo, y comienza su etapa de descomposición a escala mundial. Se abre la era de las revoluciones, la era de la transición del capitalismo -ya condenado por la historia- a la nueva sociedad socialista. El capitalismo, al entrar en su edad senil, no puede resolver los problemas que no alcanzó a solucionar

en su juventud. No sólo el problema judío; multitud de otros, el capitalismo, en su etapa de pudrición final, no sólo no los resuelve, sino que generalmente los agrava. El capitalismo comenzó, por ejemplo, planteando el problema nacional, levantando las consignas progresivas democrático-burguesas de independencia y soberanía nacional. Pero el capitalismo terminó organizando el sistema más monstruoso de dominación imperialista, de negación de los derechos nacionales y democráticos para la ma-

yor parte de la humanidad que vive en los países coloniales y semicoloniales. El capitalismo comenzó planteando la «igualdad» abstracta entre los hombres y terminó imponiendo las discriminaciones más aberrantes. Así podemos seguir enumerando problemas; entre ellos el de los judíos europeos.

En Europa Oriental, las masas Judías comenzaron a enfrentar desde mediados del siglo pasado una situación muy difícil. Por un lado, el desarrollo capitalista -como hemos señalado- destruía su vieja forma de existencia como pueblo-clase. Pero, por otro lado, el capitalismo europeo ya era incapaz de asimilar a los grupos judíos a la burguesía y a la clase media, en forma natural, como había sucedido en Inglaterra, por ejemplo. El desarrollo del moderno antisemitismo europeo, que culminaría con el régimen nazi, tiene que ver en parte con este problema. Sale fuera de los marcos de este estudio, analizar esta monstruosa erupción de racismo. Señalemos únicamente que el antisemitismo moderno -aunque retomaba mitos medievales- tenía un contenido muy distinto: era parte de la política de algunos regímenes imperialistas, a los que convenía usar a los judíos (también a los gitanos, en menor medida) como blanco para confundir y desviar la desesperación de la clase media e incluso de sectores atrasados de la clase obrera.

Frente a su dramática situación, las masas judías en Europa, en especial en

Europa oriental, tenían diversas opciones políticas. El marxismo, que ejercía una gran atracción sobre ellas, planteaba la solución del problema judío en los términos de la lucha por el socialismo.

El socialismo -y dentro del socialismo especialmente los marxistas revolucionarios- llamaba a las masas judías oprimidas del este de Europa a fusionarse con la clase trabajadora y sus luchas. Para las masas judías miserables de Varsovia o de Kiev ya estaba cerrado el camino que habían seguido sus correligionarios más afortunados de Inglaterra o Francia: el camino de su asimilación como burgueses en los marcos del capitalismo; pero sí podía y debían asimilarse a los trabajadores en la lucha por el socialismo. Mientras el Imperio zarista estimulaba los choques de rusos contra polacos o ucranios, o de estos contra los judíos, mientras el Imperio Austro-Húngaro hacía lo mismo en el mosaico de pueblos que dominaba, los marxistas revolucionarios llamaban a la unidad de todos los trabajadores (de cualquier lengua, nacionalidad o «raza») para luchar contra esos regímenes y contra toda la burguesía imperialista europea. El fin del capitalismo en Europa y la instauración del socialismo, no solamente habrían de terminar con la explotación de una clase por otra, sino también con toda forma de opresión: sea nacional, de sexo, racista, etc. El socialismo liquidaría el problema judío que el capitalismo no puede solucionar.²

Fueron así numerosos los obreros, estudiantes e intelectuales de origen judío que ingresaron a las filas socialistas y se asimilaron a los trabajadores de sus países. Trotsky, Rosa Luxemburgo, Kamenev, Zinoviev, Radek, Leo Jogiches, son sólo unos pocos nombres entre cientos de miles.

Pero el viejo pueblo-clase -como ya hemos señalado- bajo las condiciones del moderno capitalismo era cada vez menos homogéneo. Si por una punta muchos judíos proletarizados, estudiantes e intelectuales pobres se fusionaron con el movimiento obrero y revolucionario, por la otra punta se hallaban señores como los Rothschild, el Barón Hirsch y otros multimillonarios hermanados a la burguesía imperialista de los diversos países europeos. De una punta a la otra, se escalonaban las distintas capas burguesas. pequenoburguesas,

semiproletarias, etc. Esto daba la base de clase para otras opciones políticas que, por supuesto, nada tenían que ver con el socialismo revolucionario. Más bien serían sus enemigas mortales. Entre las salidas burguesas al problema judío, las más importantes serían el bundismo y el sionismo.

Los bundistas³ surgieron en Rusia y otros países del Este europeo como una rama de la socialdemocracia. El Bund, supuestamente socialista y teóricamente revolucionario era en verdad un reflejo del nacionalismo burgués en el seno del proletariado judío. Eran parte de toda la corriente de la socialdemocracia europea que capitulaba ante sus respectivas burguesías. Bajo la consigna de mantener la «cultura nacional», sostenía que los obreros judíos debían organizarse aparte de los obreros rusos, polacos, etc. El Bund le hacía el juego a la burguesía al dividir a los trabajadores de cada fábrica o ciudad según su origen nacional o «racial». Es lo mismo que si aquí en las obras de la construcción (donde hay muchos compañeros extranjeros), se planteara para un conflicto organizar un Comité de Huelga de los paraguayos, otro de los bolivianos, otro de los argentinos, otro de los chilenos, etc. Todo bajo el pretexto, por ejemplo, de que los compañeros paraguayos no se van a olvidar así del guaraní y los bolivianos van a poder conservar mejor los valores de su cultura indígena amenazada por la mezcla o «asimilación» con los argentinos descendientes de europeos. Lenin y Trotsky condenaban enérgicamente al bundismo.

La base social del Bund la constituían los sectores artesanales, semiproletarios u obreros de pequeños talleres, especialmente de la industria del vestido y la peletería. Era un vasto sector con un pie en el viejo ghetto y otro en el proletariado industrial moderno. Esto se reflejaba en la ideología del Bund, que por un lado se reivindicaba marxista y revolucionario, y por el otro negaba el internacionalismo al levantar barreras entre los obreros de distinto origen. Este carácter contradictorio (reflejo de una contradicción real de su base social) determinaba que a pesar de su capitulación al nacionalismo burgués, el Bund no planteara que los trabajadores judíos debían apartarse de la lucha de clases y unirse a su burguesía para marchar a colonizar Pales-

tina o algún otro territorio. Ese «honor» le estaba reservado al sionismo.



Los niños son parte de la lucha

El movimiento sionista

En el mismo año (1897) en que era fundado el Bund, se realizaba en Basilea (Suiza) el Congreso de fundación de la Organización Sionista. Esta tenía su prehistoria: «La rápida capitalización de la economía rusa -dice Abraham León- luego de la reforma de 1963, hace insostenible la situación de las masas judías en las pequeñas ciudades. En Occidente, las clases medias, desmenuzadas por la concentración capitalista, comienzan a volverse contra el elemento judío cuya competencia agrava la situación. En Rusia, se funda la asociación de los «Amantes de Sión». Leo Pinsker escribe «Autoemancipación», libro en el que preconiza el retorno a Palestina, como única solución posible a la cuestión judía. En París, el barón Rothschild, que como todos los magnates judíos ve con poca simpatía la llegada a Occidente de los inmigrantes Judíos, comienza a interesarse en la colonización judía de Palestina. Ayudar a los «hermanos infortunados» a volver al país de sus «antepasados», es decir, a que se fueran lo más lejos posible, no tenía nada de desagradable para la burguesía judía occidental que con razón temía el ascenso del antisemitismo. Poco después de la aparición del libro de Leo Pinsker, un periodista judío de Budapest, Teodoro Herzl, asiste en París a las manifestaciones antisemitas provocadas por el proceso Dreyfus. Escribirá «El Estado Judío» que hasta

hoy sigue siendo la Biblia del movimiento sionista.⁴

Aunque la Organización Sionista iba a disputar la misma clientela que el Bund e incluso que el socialismo revolucionario, su carácter de clase era marcadamente distinto: aparecía como el programa de un sector de la gran burguesía judía, sector que terminaría siendo dominante dentro de ella.

Los apologistas del sionismo tratan de oscurecer este hecho argumentando que, en sus inicios, la mayor parte de la gran burguesía judía era asimilacionista y no apoyaba al sionismo. Y eso es verdad, pero únicamente prueba que -como sucede siempre con toda nueva idea o movimiento de cualquier clase social- al principio sólo es patrimonio de una minoría. Lo que hay que preguntarse es si históricamente -es decir, a largo plazo- el sionismo terminó siendo la ideología y la política del conjunto de la gran burguesía judía. Dicho más claramente: es verdad que, por ejemplo, el Barón Edmund de Rothschild tuvo diferencias tácticas con Herzl. Pero, hoy día, ¿con quién está la familia Rothschild? ¿Con el sionismo o contra el sionismo? Es así como hay que plantear la cuestión.

Por otra parte, se aduce que los pioneros de la colonización de Palestina eran artesanos, pequeños comerciantes pobres, gentes en fin de las que se puede decir cualquier cosa menos que tenían una abultada cuenta bancaria. De esa forma tratan de dar -como veremos más adelante- una imagen «plebeya» y hasta «obrera» y «socialista» del sionismo. Se nos presentan las figuras de Pinsker, un humilde soñador, de Herzl, un simple periodista que se convierte en el segundo Moisés, de Borochoy, «socialista» y «marxista», etc.

Por supuesto que no entraba en los planes del Barón Edmund de Rothschild y de otros caballeros como él, trasladarse personalmente a trabajar la tierra en Palestina. Pero eso no significa nada en cuanto a la caracterización de clase del sionismo. La clave es: ¿a quiénes le convenía que los humildes y desesperados sastres, buhoneros y desocupados de Varsovia o Lublin fueran fletados para Tierra Santa? Eso es lo que justamente A. León señala.

Si hay alguna duda de lo que significaba ésto en relación a la situación política europea, es el propio Herzl quien se encarga de despejarla: uno de sus te-

mas obsesivos es que la emigración de judíos a Palestina es la única garantía de que no serán captados por los «partidos subversivos». Herzl se entrevista con Guillermo II, Emperador de Alemania. ¿De qué hablan?: «Herzl expuso su proyecto en líneas generales. Conversaron luego sobre el problema judío, el caso Dreyfus, la influencia de Alemania en el Oriente y el provecho que podía sacar de la solución del problema judío, el cual, si no fuera solucionado, empujaría -como Herzl no dejó de recalcar- a los judíos a los partidos subversivos. El Kaiser pareció estar convencido».⁵

Herzl habla ante el primer Congreso Sionista: «Si, finalmente, el gobier-

aspiraciones sionistas, escuchando también las manifestaciones de buena voluntad de hacer algo decisivo para nosotros... En cuanto al movimiento sionista, se me hicieron mayores promesas. Puedo decirles a ustedes que el gobierno ruso no tiene la intención de poner trabas al sionismo, con tal que éste conserve su carácter tranquilo y legal. Además, el gobierno ruso está dispuesto a contribuir a los gastos de una emigración dirigida por nosotros los sionistas».⁸ ¿Qué carácter de clase, qué intereses podía representar un movimiento como el sionista que, en plena hoguera de la revolución rusa, lograba el milagro de que el gobierno zarista le permitiera funcionar sin



Control militar en un mercado en Jerusalén

no de Rusia permanece neutral, los judíos se ven sin protección en el régimen existente y se pasan a los partidos subversivos... El sionismo es, sencillamente, el pacificador»⁶.

Esta función del sionismo como «pacificador» y obstáculo para que los judíos «se pasen a los partidos subversivos» es lo que permite a Herzl llegar a acuerdos con los personajes más siniestros del Imperio de los Zares, tales como Plevhe, el conde Whitte o Ivan von Simonyi, todos ellos antisemitas notorios y organizadores de pogroms. «Hasta ahora, mi partidario más ardiente es el antisemita de Presburgo, Ivan V. Simonyi...» escribe Herzl el día 4 de marzo de 1896.⁷ Posteriormente, a las puertas de la primera revolución rusa, Herzl llega a Petrogrado y hace un acuerdo con Plevhe, Ministro del Zar: «Celebré mucho la oportunidad que se me ofreció -informa luego Herzl al VI Congreso Sionista- para entrar en contacto con el gobierno de aquel país [Rusia], y puedo decir que encontré cierta comprensión para las

«trabas» y que, además, «contribuía a sus gastos»? En Rusia, este milagro no lo conseguían ni los buenos y pacíficos burgueses del Partido Constitucional Demócrata (Kadete). ¿Y esto lo conseguía el sionismo de un gobierno que se distinguía por la matanza permanente de ciudadanos judíos!

Para explicar este milagro político se puede naturalmente apelar a la Divina Providencia, a la Santísima Trinidad o a Jehová, según los gustos; nosotros, materialistas, ofrecemos otra explicación: el zarismo («baluarte de la reacción europea», según Lenin) y el sionismo podían pactar porque coincidían en sus intereses de clase. Ambos, cada cual en su esfera y con distintos métodos, reflejaban los intereses más retrógrados y contrarrevolucionarios de las burguesías imperialistas de Europa.

Eso significaba el sionismo en el marco de la lucha de clases europea. Si se hubiera reducido a eso, habría pasado a la historia como uno de los tantos partidos ultrapatrioteros y reaccionarios que pululaban sobre todo en el Centro y el Este del viejo continente. Pocos sabrían hoy de su existencia. Pero el programa sionista no se reducía únicamente a apartar a las masas judías de la lucha de clases en Europa (y por consiguiente de los «partidos subversivos»); su otra cara era trasladar a esas masas fuera de Europa para constituir un Estado Judío.

La historia del sionismo según los sionistas

Los defensores del sionismo, especialmente sus apologistas de «izquierda», reivindicaban precisamente esta otra cara. Aceptan que Herzl y el movimiento sionista no eran precisamente un factor progresivo en la política europea, pero argumentan que eso es secundario frente a un hecho esencial: el sionismo sería el movimiento de liberación nacional del pueblo judío. Un movimiento nacional similar, en última instancia, al que logró la independencia de Argelia o de la India, de los países de Africa negra o de Indonesia, etc.

Esos movimientos nacionales generalmente no están dirigidos por el proletariado, ni sus organizaciones políticas son marxistas revolucionarias, pero el leninismo plantea que deben ser apoyados. Así, Lenin y Trotsky apoyaron, por ejemplo, la lucha por la independencia nacional de Turquía, a pesar de estar dirigida por la burguesía y con anticomunistas como Kemal Ataturk a su frente. De la misma manera sostuvieron la lucha del Afganistán contra el imperialismo inglés, a pesar de que su dirección ni siquiera era burguesa sino feudal. ¿Era más progresivo -plantear los sionistas- el Emir feudal de Afganistán que el burgués Teodoro Herzl? Por otra parte, continúa la argumentación sionista, después de Herzl, la dirección del movimiento sionista fue tomada en Palestina por los pioneros, los ex artesanos y pequeño burgueses del ghetto, convertidos en obreros y campesinos en su propia tierra. «El sionismo, sociológicamente hablando, -dice Dov Barnir, dirigente del MAPAM, partido sionista de «izquierda»- fue un movimiento de la pequeña burguesía pauperizada, que, por su propia esencia y sus actividades, de hecho, tuvo dos objetivos: la proletarianización de las masas judías y la organización de su productividad. Venid a Israel y mirad: Veréis un millón de trabajadores judíos -con sus familias, un millón y medio de personas- que abandonaron el negocio, descenden a las minas, manejan el martillo y trabajan la tierra. ¿Es esto «burgués»? Cuando el movimiento sionista, ampliamente democrático, crea una coalición de partidos (que nada tienen que ver con las coaliciones gubernamentales israelitas), ¿será eso una «convivencia»

con la burguesía, a un momento que en los «frentes únicos» del Tercer Mundo no reconocen... diferenciación social? ... No olvidemos que, desde los años treinta, el movimiento sionista mundial se encuentra bajo una hegemonía obrera...» (se refiere a que está dirigido por partido laborista MAPAI). Y añade más adelante: «El propio Mao Tse Tung no desdennó ni rechazó, en la hora de la liberación nacional, la ayuda de partidos normalmente llamados burgueses... En el caso particular de las naciones modernas, discriminadas u oprimidas, el proceso parece ser el siguiente: quien dice opresión, dice movimiento nacional de liberación; quien dice movimiento nacional, dice coalición nacional, y quien dice coalición nacional, progresista y no reaccionaria, dice hegemonía indispensable para la clase obrera y campesina. Fue ésta, en sus grandes líneas, la historia del sionismo.»⁹

Veamos más en detalle cómo habría sido -siempre de acuerdo a los sionistas- la historia de este «movimiento de liberación nacional»: el pueblo judío, dispersado por la ocupación romana de Palestina, habría deseado constantemente volver a esa tierra, a la cual tiene más derecho que nadie, según fundamentan los textos bíblicos.¹⁰ No se explica por qué durante dos mil años no intentó regresar, a pesar de que tenía muy buenas posibilidades para hacerlo, especialmente durante la Edad Media, en que los judíos gozaban de una posición privilegiada en el mundo árabe y se llevaban muy bien con el Islam. Sea lo que fuere, en la segunda mitad del siglo XIX, motivado por el crecimiento del antisemitismo en Europa, se concreta el sionismo como «movimiento de liberación nacional». Comienza a organizarse la emigración a Palestina. Este país, según los sionistas, se hallaba en un estado deplorable, vacío o casi vacío: vastas regiones del país permanecían inexploradas y pertenecían a señores feudales ausentes. Estaban infestadas de malaria y, aparte de algunas tiendas dispersas de beduinos, estaban deshabitadas y, por consecuencia, disponibles.»¹¹ «Codeábanse en Tierra Santa núcleos heterogéneos, musulmanes (chiitas y samnitas), cherquizes, maronitas, cristianos, griegos ortodoxos. De hecho, algunas familias de campesinos judíos nunca habían abandonado el país después de la destrucción del Segundo Templo y mantenían en Galilea

dos aldeas tradicionales. Fue para una tierra sin pueblo que lentamente, a fin del siglo pasado, se comenzó a encaminar un pueblo sin tierra».¹²

Según los sionistas, este pueblo regresaba a su tierra para trabajarla y de ninguna manera pensaba explotar -como hacen los colonialistas- la mano de obra de los árabes: «... en una colonia, el indígena trabaja y no posee, mientras que el colono posee y no produce; en el Estado de Israel, los judíos poseen la tierra y la cultivan ellos mismos, al mismo tiempo que los árabes poseen también sus tierras y las cultivan igualmente ellos mismos».¹³

En 1917, el gobierno inglés, en retribución a los servicios científicos prestados por el gran químico sionista, el Dr. Weizmann, emitió la «Declaración de Balfour», donde se reconocía el derecho a establecer en Palestina un «Hogar Nacional» para el pueblo judío. Según el Dr. Weizmann, fue «un acto único de conciencia mundial».¹⁴

Sin embargo, el imperialismo inglés, muy pronto se arrepintió de este «acto de conciencia», poco frecuente en él, y, bajo el mandato de la Sociedad de Naciones, convirtió a Palestina en una colonia. El sionismo desarrolló, entonces, una lucha antiimperialista que culminó en una «guerra de liberación antibritánica»: «el Estado de Israel surgió... de un mandato británico y no de un Estado árabe».¹⁵ «La lucha de los judíos contra el colonialismo británico fue una lucha antiimperialista, asistida por la Unión Soviética.»¹⁶ En esa lucha -según los sionistas- se forjó un «ejército de liberación nacional» o «milicia popular»: la Haganá.

Lamentablemente los árabes fueron lanzados contra los sionistas y hubo que luchar también con ellos. ¿Por qué sucedió esto, según los sionistas?: el pueblo árabe estaba bajo la influencia de sus señores feudales y gobiernos archireaccionarios que eran movilizados por el imperialismo británico y también por el nazismo: «La sociedad árabe era semifeudal, gobernada por propietarios y jefes religiosos. La población judía representaba un factor de modernización, introducía estructuras económicas y sociales capitalistas y, al mismo tiempo, elementos de tenor socialista.»¹⁷ Además, traía el sindicalismo, bajo la forma de la gran central obrera «Histadrut». Según los sionistas, al comprar sus tierras a los grandes se-

ñores árabes, estaban produciendo una verdadera revolución agraria: «¿Vamos a tomar partido por el antiguo feudalismo árabe, y deplorar que no haya sido una revolución árabe, sino una revolución judía, la que pacíficamente destruyó al feudalismo?»¹⁸ El hecho desgraciado es que, soliviantados por la propaganda reaccionaria de los feudales sostenidos por el imperialismo inglés, los árabes se opusieron a la resolución de las Naciones Unidas que impuso en 1947 la partición de Palestina y la creación del Estado de Israel, por un lado, y de un Estado Palestino árabe, por el otro. Se desató la guerra civil y además Israel fue invadida por cinco Estados árabes. Pudo vencerlos, entre otras cosas, por la ayuda de la Unión Soviética y demás países socialistas que habían apoyado la partición. Ellos abastecieron de armas a Israel. «La guerra de 1948 fue emprendida por los regímenes árabes feudales y reaccionarios para evitar el progreso social en la región.»¹⁹

Israel venció a los feudales, pero, lamentablemente, se creó el problema de los refugiados. Muchos palestinos, engegucidos por la propaganda de los gobiernos árabes, dejaron el país esperando volver detrás de los ejércitos árabes victoriosos. Al ser éstos derrotados, no pudieron regresar. Por otra parte, los Estados árabes se apoderaron de la mayor parte del territorio que le hubiera correspondido al Estado Palestino, el cual, por culpa de ellos, no pudo ser creado. Desde entonces, los refugiados viven en campamentos miserables en Jordania, Líbano, etc. «Es cierto que los campamentos de refugiados árabes son un escándalo y una vergüenza, estigma de la violencia utilizada contra las poblaciones civiles: pero son una vergüenza para los árabes, no para los judíos. Son una violencia injusta que se arrastra desde hace veinte años, pero es impuesta a los árabes por los árabes, no por los judíos».²⁰ ¿Cómo es que son tan malos los árabes con sus paisanos? Porque -contesta Misrahi- «precisan mártires».²¹ «¿En realidad, a los árabes les falta territorio? ¿Les faltan tierras que les permitan integrar a los refugiados...?»²² Concluyen los sionistas que, si no lo hacen, es porque no quieren.

Así, de acuerdo a los sionistas, desde 1948, Israel va construyendo una sociedad casi socialista; de un socialismo muy singular, si se quiere, pero

socialismo al fin. «El socialismo es un proyecto en los países árabes, y una realidad en Israel.»²³ Los Kibutzim (granjas colectivas) son el más grande ejemplo de esa marcha al socialismo. «Los Kibutzim nunca utilizan ningún asalariado exterior al Kibutz, para no explotar a ningún trabajador.»²⁴ El rol fundamental que juega la poderosa central obrera (la Histadrut) también daría fe de lo que dicen los sionistas.

Desgraciadamente este peculiar socialismo no puede construirse en paz. Los árabes se obstinan en mantener un estado de guerra permanente: «Las revoluciones antifeudales «progresistas» de los países árabes, en lugar de reconocer su común interés con Israel en el desarrollo progresista, siguieron y endurecieron los procedimientos chauvinistas de los regímenes feudales.»²⁵ Así, en 1956, las incursiones de los guerrilleros palestinos obligaron a Israel a invadir el Sinaí, en momentos en que Nasser acababa de nacionalizar el Canal de Suez. Israel debió aliarse en ese momento a Inglaterra y Francia para atacar Egipto, pero no por motivos imperialistas (como ser que el Canal volviera a manos de la Compañía anglo-francesa que Nasser nacionalizaba), sino para destruir los nidos de guerrilleros. En 1967 sucedió algo parecido: 100 millones de árabes se aprestaban a caer sobre 2,5 millones de israelíes y «arrojarlos al mar». ¡Y se repitió el milagro de David venciendo a Goliath! Según los sionistas, todas las acciones del Ejército de Israel han tenido siempre el mismo carácter: son defensivas o «preventivas». Las incursiones a los campamentos palestinos tienen la misma razón, aunque «Al-Fatah no comprenda más que unos centenares de temerarios.»²⁶ Ellos dicen representar a un «pueblo palestino». ¿Pero, se puede hablar realmente de «pueblo palestino»? «Desde el punto de vista jurídico, no existe el pueblo palestino. Desde el punto de vista sociológico, no soy un especialista, pero no estoy seguro que así sea... Yo no concibo seriamente el concepto de 'pueblo palestino'...»²⁷

Finalmente, digamos que para los sionistas, es falso que Israel sea la cabeza de puente de los EE.UU. en Medio Oriente. Israel nació fundamentalmente apoyada por la URSS, y no por los EE.UU. Si ha tenido después que sostenerse en

Norteamérica, ello se debe -según los sionistas- a que la URSS comenzó a coquetear con los regímenes árabes luego de 1950.

Los extraños comienzos de un «movimiento de liberación nacional»

Hasta aquí hemos visto la historia de Israel, narrada por el sionismo, o, más bien, por la «izquierda» sionista, ya que el ala derecha, un Gral. Dayan, por ejemplo, no se toma el trabajo de pasar por «antiimperialista». Esta historia es la que nos sirven los grandes diarios que -¡cosa extraña!- defienden



a un pequeño país «socialista» contra una colosal coalición de «reyezuelos feudales», «generales fascistas» y «mercenarios de Al-Fatah». ¡Semejante posición unánime de la gran prensa capitalista es algo que no se ve todos los días! Habría que comenzar a revisar el marxismo si fuera verdad tanta belleza. Por suerte, no hay que hacerlo, porque la «historia» sionista de Palestina, sólo prueba una cosa: que la capacidad de mentir es infinita.

Regresemos a los inicios del movimiento sionista. Es decir, a la segunda mitad del siglo pasado, en que comienza la emigración a Palestina y plasman la ideología, la política y la organización del sionismo. Ya desde la Introducción, el lector se habrá dado cuenta que es totalmente mitológico hablar de «sionismo» antes de esa fecha, aunque algunos delirantes digan que el sionismo habría sido fundado —¡créase o no!— por Moisés en persona cuando salió de Egipto!²⁸ Por supuesto que eso no se puede tomar en serio. Se trata de uno

de los tantos mitos nacionalistas, como el de Rómulo y Remo en Italia, por ejemplo. Sin embargo, lo hemos citado -no para reírnos- sino por una razón muy seria: detrás de leyendas como éstas se quiere esconder el verdadero marco histórico en que se inicia el sionismo: este marco es el de la expansión colonial de Europa en Asia y África.

«Hemos visto -dice Lenin- que el período de desarrollo máximo del capital premonopolista, el capitalismo en el que predomina la libre competencia, abarca de 1860 a 1880. Ahora vemos que es justamente después de este período cuando comienza el enorme «auge» de las conquistas coloniales, se exagera hasta un grado extraordinario la lucha por el reparto territorial del mundo. Es indudable, por consiguiente, que el paso del capitalismo a la fase de capitalismo monopolista, de capital financiero [es decir, a la fase imperialista, N. de la R.], se halla relacionado con la exacerbación de la lucha por el reparto del mundo.»²⁹

¿Qué tiene que ver esto con el sionismo? ¿Cómo es posible relacionar la expansión colonial del imperialismo europeo con las esperanzas del humilde artesano, o el estudiante pobre que en los ghettos de Europa Oriental comenzaban a soñar con tener un país en que no fueran humillados y perseguidos? Cuando hablamos de la expansión colonial europea, las imágenes que nos hacemos son las de la poderosa flota inglesa «dueña de los mares», los cañones de los ejércitos del Kaiser, la Legión Extranjera de la «libre Francia» dedicada a la caza de árabes en el norte de África, o los cosacos del Zar expandiéndose por el Asia. Es difícil, en principio, relacionar esto con el pequeño comerciante de Kiev que vivía temblando ante la posibilidad de un pogrom. Pero había un elemento objetivo, -como dice Rodinson- un pequeño detalle, aparentemente sin importancia: Palestina estaba ocupada por otro pueblo.»³⁰

Leyendo la «biblia» del sionismo «El Estado Judío» de Teodoro Herzl se puede apreciar muy bien el «pequeño detalle» de que habla Rodinson: se trata allí de todo, se establece desde el horario y los turnos de trabajo, hasta cómo serán las viviendas, el color de la bandera, etc. Pero hay una sola palabra que no figura en el libro de Herzl: es la palabra: «árabe».



Un escena diaria en Gaza

Este intelectual europeo de fin de siglo, resolvía minuciosamente en su libro todos los problemas que preveía para la fundación del nuevo Estado y su funcionamiento. ¿Es casual que se haya olvidado de tratar el problema de que Palestina se hallaba habitada (y no por judíos); y que esos habitantes podrían tener algo que opinar al respecto? Si Palestina hubiera sido, en esos momentos, el centro de una gran potencia imperialista, ¿Herzl se hubiera planteado o no el problema de sus habitantes como problema principal? O, si el Estado que pensaba fundar, en vez de establecerse a la orilla del Jordán, debía hacerse en las márgenes del Támesis, ¿no hubiera planteado Herzl, como cuestión central, la presencia de los ingleses?

«La ideología de una sociedad, es la ideología de su clase dominante». La burguesía imperialista europea, había contagiado la borrachera de la expansión colonial a todas las clases de la sociedad y aún a gran parte del movimiento obrero. Salvo para un sector minoritario del movimiento obrero, para el resto de los europeos (incluso para muchos de los más pobres y oprimidos) el mapa del mundo estaba «en blanco» fuera de las zonas «civilizadas» de Europa y los EE.UU. Cuando Herzl ni menciona siquiera a los árabes o cuando luego Zangwill lanza su famoso lema («un pueblo sin tierra para una tierra sin pueblo»), sabían -por supuesto- de la existencia de los árabes. No se trataba de un «error de información». Lo que ellos venían a decir simplemente, es que Palestina era

una tierra sin pueblos... europeos!³¹ Y en esto, el sionismo no inventaba nada: se limitaba a copiar, o, mejor dicho, a adaptarse la ideología y las concepciones que coronaban la expansión colonial de Europa.

Dentro de esta concepción general, veremos ahora más claro el papel que les estaba reservado a los desesperados judíos de Europa Oriental. Es que en el colonialismo europeo de fin de siglo, también las masas más miserables tenían un rol asignado. Lenin no deja de recalcarlo al citar a Rhodes, el creador de la colonia africana de Rhodesia y uno de los teóricos de la etapa colonialista del imperialismo: «Cecil Rhodes, según cuenta un íntimo amigo suyo, el periodista Stead, le decía a éste a propósito de sus ideas imperialistas: Ayer estuve en el East-End londinense (barriada obrera) y asistí a una asamblea de desocupados. Al oír allí discursos exaltados cuya nota dominante era ¡pan! ¡pan! y al reflexionar, de vuelta a casa sobre lo que había oído, me convencí más que nunca de la importancia del imperialismo... La idea que yo acaricio representa la solución del problema social: para salvar a los cuarenta millones de habitantes del Reino Unido de una guerra civil funesta, nosotros, los políticos coloniales, debemos posesionarnos de nuevos territorios; a ellos enviaremos el exceso de población...»³²

¿En qué difiere esto del planteo de Herzl? Reemplacemos las palabras «problema social» por «problema judío», «guerra civil funesta» por «pasarse a los partidos subversivos» y no-

temos que el Sr. Rhodes tampoco se molesta en mencionar a los habitantes nativos de esos «nuevos territorios» (también eran «tierras sin pueblo»!) hagamos eso y tendremos casi completa la concepción de Herzl, que vimos páginas antes. Casi completa decimos, porque a Herzl le faltaba un elemento objetivo que veremos más adelante.

Y la expansión colonial levantaba así su taparrabos filantrópico: porque, ¿quiénes -salvo gentes como Lenin y Trotsky- podían oponerse a que los hambrientos del East End salieran de sus tugurios para hacerse una nueva vida en las praderas de Sudáfrica? Y realmente ganaban en el cambio, lástima que a costa de los negros. ¿Y quiénes -salvo «subversivos» como Lenin y Trotsky- podían oponerse a que los pobres judíos de Europa Oriental salieran de la oscuridad de sus ghettos para tostarse bajo el sol de Palestina? Y realmente ganaban en el cambio, lástima que a costa de los árabes. Y esto, en cualquier idioma, se llama colonialismo.

El sionismo en busca de un buen partido

Por motivos didácticos, hemos comenzado el análisis de la colonización sionista de Palestina por sus concepciones generales y su ideología. Bajemos ahora a su política.

Reoglones atrás, decimos que a Herzl le faltaba un elemento objetivo que Rhodes, más afortunado, poseía: un imperialismo propio, en el caso de Rhodes, el imperialismo inglés. Es por eso que la política de Herzl (y de sus sucesores) va a tener como eje ese problema; es decir, engranar o casarse con alguna potencia imperialista. Esto explica que la actividad principal de Herzl sean sus gestiones ante las distintas potencias imperialistas europeas, buscando insertar el sionismo como parte de su política colonial. Se dirige con ese propósito al Kaiser, a su socio menor el Sultán del Imperio Turco y finalmente a Inglaterra. Palestina, en ese momento se hallaba en manos de Turquía.

«Si su majestad el Sultán -le escribe Herzl- nos diera Palestina, nos comprometemos a estabilizar completamente las finanzas de Turquía. Para Europa, constituiríamos allí un bastión

contra el Asia, seríamos el centinela avanzado de la civilización contra la barbarie. Como estado neutral, nos mantendríamos en permanente contacto con Europa, la que garantizaría nuestra existencia». ³³ Comentando esto, acota Rodinson: «sería difícil ubicar con más claridad al sionismo dentro de la estructura de la política imperialista europea». ³⁴

Herzl le propone también al Kaiser «una Chartered Company bajo el protectorado alemán». ³⁵ ¿Qué cosa era una «Chartered Company»? El clásico del sionismo, N. Sokolow, se encarga de aclararlo: «Todas las grandes victorias de Gran Bretaña en sus conquistas pacíficas (sic), que comenzaban por la institución de un fondo o un trust, inspiraban a los sionistas. Cecil Rhodes [otra vez reaparece el Sr. Rhodes, N. de la R.], que empezó con sólo un millón de libras esterlinas, creó Rhodesia, que tiene una superficie de 750.000 millas cuadradas. La Compañía Británica del Norte de Borneo poseía un capital de 800.000 libras esterlinas y ahora domina un territorio de 31.000 millas cuadradas. La Compañía Británica de Africa Oriental, que posee 200.000 millas cuadradas, dio comienzo a sus actividades con un capital inicial de 250.000 libras esterlinas, es decir, el mismo que tiene el Trust Colonial Judío» ³⁶ (fundado por Herzl para esos fines). Es decir, Herzl proponía al Kaiser una Colonia bajo protectorado alemán y le solicitaba que presionara al Sultán.

El Kaiser no prestó ayuda a Herzl y en cuanto al Sultán de Turquía -país que era imperialista en relación a los pueblos árabes que dominaba, pero dependiente a su vez del imperio germano- contestó así: «El Imperio Turco no me pertenece, pero sí al pueblo turco. No puedo distribuir ningún pedazo de él. ¡Que los judíos se queden con sus millones! Cuando mi Imperio sea dividido, podrán obtener Palestina gratis. Pero habrá de ser sólo nuestro cadáver el que será dividido. No aceptaremos nunca una vivisección». ³⁷

Frente al rechazo del Sultán, es significativa la reacción de Herzl: espera obtener la «Chartered Company», es decir la Colonia, «después de la repartición de Turquía» ³⁸ ¿Quién era el candidato a operar la «vivisección» o reparto del cadáver turco? : Inglaterra. Hacia ella se dirige Herzl, pero era demasiado pronto. El nuevo reparto del mundo colonial se realizaría recién en la guerra de 1914, la Primera Guerra Mundial imperialista. Herzl fallece en 1904.

Primera boda del sionismo: la Declaración Balfour

«La Divina Providencia ha situado a Siria y Egipto en la vía entre Inglaterra y las más importantes regiones de su comercio exterior colonial, India, China, el Archipiélago Indico y Australia ... Por ello, la Divina Providencia llama a Inglaterra a ocuparse enérgicamente de crear condiciones favorables en esas dos provincias ... Inglaterra debe poner manos a la obra de reno-



A cada paso el control y la represión

vación de Siria por mediación del único pueblo cuya energía puede ser utilizada constante y eficientemente, por mediación de los verdaderos hijos de esa tierra, los hijos de Israel». ³⁹ Estas palabras, por boca del encl. George Gauler, ex-gobernador de Australia, fueron pronunciadas en el Parlamento inglés en la temprana fecha del 25 de enero de 1853. Y no son únicas.

Es que desde mediados de siglo, el Imperio se expandía a todo vapor. Por eso, sus estadistas barajaban cualquier clase de artimañas para poner pie en todos los continentes. Una de las más ingeniosas y frecuentes era la de utilizar, importar o inventar conflictos en los países atrasados, en los que Gran Bretaña intervenía para «pacificar» o «defender los derechos» de alguna de las partes. Así, por ejemplo, cuando se barajaba construir el canal del Atlántico al Pacífico no por Panamá, sino por Nicaragua, Inglaterra se presenta afirmando que en la costa del Atlántico existe el «Reino de los Indios Mosquitos», y que a pedido del Rey de la Mosquitia, ha firmado un tratado para «proteger» a esta «nación» del imperialismo ... nicaragüense. «Casualmente» este reino de opereta se encontraba en la desembocadura del proyectado canal. Tal eran los métodos de Su Graciosa Majestad Británica.

La idea de cumplir los mandatos de la «Divina Providencia», es decir, de usar a los judíos de carne de cañón para colonizar «Tierra Santa», siempre estuvo flotando en Londres, desde mucho antes que existiera el sionismo. Lord Shaftesbury en carta a Palmerston, Ministro de Relaciones Exteriores, le sugiere que ese método «es el modo más barato (sic) y seguro de proporcionar a estas despobladas regiones [otra vez Palestina es la «tierra sin pueblo»] de todo lo que necesitan». ⁴⁰

Las condiciones subjetivas para el primer «casamiento» del sionismo estaban dadas, pues, hace rato. Las gestiones de Herzl en Londres fueron bien acogidas, pero, como ya hemos señalado, había un «inconveniente» objetivo: Palestina se hallaba en manos de Turquía. A Herzl le ofrecen momentáneamente colonizar Uganda o el Sinaí egipcio. Esto no cuaja. Había, además, otro problema objetivo: el sionismo no era muy fuerte entre las masas judías. Quienes querían emigrar, lo hacían masiva-

mente a América, poquísimos a Palestina. Y una buena parte de los que quedaban se hallaban influidos por los malditos «partidos subversivos» que desvelaban a Herzl y eran, por consiguiente, antisionistas. Esto habría de cambiar posteriormente, con el brutal crecimiento del antisemitismo en Europa.

El noviazgo entre el imperialismo inglés y el sionismo terminaría en boda en 1917. Con la Primera Guerra Mundial había sonado la hora de la «repartición de Turquía», ya prevista por Herzl. Para apurar esa «vivisección» o «autopsia» del Imperio Turco, Inglaterra se sirve del movimiento nacional de los árabes que había comenzado desde años antes a despertar. Les hace vagas promesas de independencia para conseguir que luchen contra el Sultán y realiza acuerdos con algunos jefes árabes, como Houssein, Chérif de La Meca y su hijo Faisal.

Claro que Gran Bretaña, si bien no le disgustaba utilizar sangre de árabes para derrotar al Imperio Turco, no tenía la menor intención de permitir que éstos conquistaran su independencia nacional. Así, al mismo tiempo que hacía esas promesas, firmaba con Francia un acuerdo secreto de reparto de la zona (el tratado Sykes-Picot) y emitía la llamada «Declaración Balfour» (2/11/1917), calificada muy justamente como el «anillo de bodas» entre el sionismo y el imperialismo inglés. Esta decía así:

«Estimado Lord Rothschild: Tengo mucho placer en hacerle llegar, en nombre del Gobierno de Su Majestad, la siguiente declaración de simpatía con las aspiraciones judías sionistas, que ha sido presentada, y aprobada por el Gabinete.

«El Gobierno de Su Majestad ve favorablemente el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío, y empleará sus mejores esfuerzos para facilitar la realización de ese objetivo, quedando claramente entendido que nada se hará que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías, o los derechos y el «status» político de los judíos que residen en cualquier otro país.»⁴¹

Con la «Declaración Balfour» comenzaba la segunda etapa del sionismo, etapa que culminaría con la creación del Estado de Israel. Se cumplía el sueño de Herzl: ¡al fin el sionismo se acoplaba a la política colonial de una gran potencia!



Los niños víctimas privilegiadas de los soldados israelíes

El camino hacia la creación del Estado de Israel se abrió así con las siguientes características:

- Por una declaración unilateral de una gran potencia imperialista.
- Esa declaración imponía el destino de una región de Asia que jamás había pertenecido, ni pertenecía, a Inglaterra. Gran Bretaña regalaba generosamente a Lord Rothschild el territorio de una nación ajena.
- No tomaba para nada en cuenta los deseos o la voluntad del pueblo palestino, el cual el 93% era árabe en 1917.

• Este 93% de árabes, eran reducidos a la condición de «no-judíos» en un «hogar nacional judío», es decir, de extranjeros o casi extranjeros en su propia tierra! Para salvar las apariencias, se hablaba de sus «derechos civiles y religiosos» al mismo tiempo que se les negaba el derecho número uno que tiene todo pueblo colonizado y oprimido: el de la autodeterminación, el de decidir por sí mismo y democráticamente los destinos de su país, sin interferencia de nadie y menos de una gran potencia imperialista.

Si quedan dudas de que lo que hacía el sionismo era simplemente injertarse en la política global del imperialismo inglés, damos la palabra al Dr. Weizmann, cabeza de la Organización Sionista y gestor de la Declaración «al presentar a ustedes [se dirige al Gabinete inglés] nuestra resolución confiamos nuestro destino sionista al Forcing Office⁴² y al Gabinete de Gue-

rra imperial, en la esperanza de que serán considerados a la luz de los intereses imperiales».⁴³ Es imposible hablar más claro.

La «Declaración Balfour» y el casamiento con el sionismo, aparte de que daba a los ingleses un valioso auxiliar para establecer un futuro protectorado sobre Palestina y un arma esencial - como ya veremos - para aplastar el movimiento nacional árabe, tenía otras motivaciones más globales: la política de guerra del imperialismo británico y la lucha contra la Revolución Rusa.⁴⁴

Palestina bajo la ocupación y el mandato británico (1918-1948)

Finalizada la Primera Guerra Mundial, los Aliados (Inglaterra, Francia, Italia, EE.UU., etc.) demostraron que era milimétricamente exacta la opinión de Lenin sobre ellos: se trataba de un grupo de bandidos imperialistas que peleaba contra otro grupo de bandidos imperialistas (Alemania, Austria, etc.) por el reparto de las colonias y de las «esferas de influencia» de sus monopolios. Al terminar la guerra, fueron olvidadas todas las promesas de «paz con justicia» o «paz sin anexiones» y los vencedores se repartieron el botín, no sin riñas propias de toda banda de gansters; ¡Y qué botín!: «los mil millones de esclavos coloniales», de que hablaba Lenin.

La pandilla vencedora había decidido institucionalizarse bajo la forma de la «Sociedad de Naciones», digna an-

recesora de las actuales «Naciones Unidas». Se trataba de dar un barniz «legal» al reparto. Y en la forma previamente convenida, Inglaterra recibió Palestina bajo «mandato de la Sociedad de Naciones», porque ya quedaba feo decir que la obtenía en calidad de colonia. Las promesas hechas a los árabes, resultaron burladas.

Pero los árabes no estaban para burlas. La guerra del 14 no sólo había generado un grupo de imperialismos vencedores, sino que también, por primera vez en la historia, surgía un Estado Obrero, la Unión Soviética, que repudiaba las conquistas coloniales y que llamaba a esos «mil millones de esclavos» a expulsar a los colonizados.

Además, en todo el mundo colonial o semicolonial, desde México hasta China y la India, desde Turquía hasta el África negra, comenzaba una potente oleada de luchas antiimperialistas. Los «mil millones de esclavos coloniales» iniciaban su marcha. Y el mundo árabe no era de ninguna manera una excepción.

Dentro de este mundo árabe, el Oriente Medio va a ser la zona donde se darán las luchas más importantes contra los imperialismos inglés y francés que dominaban allí. Entre las dos guerras mundiales, se produjeron numerosas insurrecciones masivas. Palestina fue el eje de esta lucha antiimperialista, especialmente durante la colosal insurrección de 1936/39, que, para ser sofocada, demandó la mitad de los efectivos de todo el ejército del Imperio Británico; ejército que -en ese momento- era uno de los más poderosos del mundo.⁴⁵ Esta revuelta, comenzó con una huelga general que duró seis meses!⁴⁶ Debe ser la huelga general más larga en la historia de la lucha de clases.

Miles de palestinos fueron muertos, detenidos y condenados a la horca o a largas penas de prisión. En 1939, el heroico pueblo palestino se hallaba derrotado después de ese terrible baño de sangre. Esta es la clave principal de la relativa facilidad con que en 1947/48 podría instalarse el Estado de Israel.⁴⁷

La derrota palestina se explica principalmente por tres factores:

- Una relación de fuerzas sumamente desfavorable con el imperialismo. Esto tiene que ver con la situación mundial: la década del 30 es la etapa de las más graves derrotas no sólo para el movimiento obrero europeo, sino también para las masas de los pueblos coloniales y semicoloniales. Es la época del triunfo del nazismo en Alemania, del fascismo en España, de la consolidación del stalinismo en la URSS; es la época de la «década infame» en la Argentina, de la guerra de Abisinia, de la anexión de Manchuria por el Japón, de la derrota de las guerrillas en China que obliga a Mao Tse-Tung a emprender la «larga marcha», etc. Por otro lado, Gran Bretaña era aún el imperio

la Segunda Guerra Mundial. Después de eso, los árabes palestinos derrotados, desmoralizados y traicionados por sus líderes aguardaron el resultado del conflicto entre los colonos sionistas y los ingleses». ⁴⁸

Las fallas de dirección que sufría el movimiento nacional palestino, no solamente tenían que ver con las clásicas vacilaciones (o directamente traiciones) de los jefes «feudales» ⁴⁹ burgueses o pequeño burgueses de los movimientos nacionales de cualquier país colonial o semicolonial. En Palestina había un elemento peculiar agravante que -según Fawwas Trabulsi y otros autores- jugó un papel decisivo: el proceso de disgregación y marginalización de la sociedad árabe en bloque, proceso en el que el sionismo -como habremos de ver- sería el causante. Faltó, o fue extremadamente débil, la burguesía o pequeña burguesía radicalizada que habría de ser en otros países árabes el soporte del nasserismo, del baasismo, y de otras corrientes nacionalistas que las precedieron. La burguesía palestina era una sombra de burguesía en comparación con la de otras regiones del mundo árabe.

También con el naciente proletariado y el campesinado habría de suceder un fenómeno de marginalización parecido. Pero aquí el problema de dirección sufría un nuevo agravante: la bancarrota de la Internacional Comunista, única tendencia que tenía -a escala mundial- fuerza suficiente como para penetrar y disputar la dirección. Lamentablemente, la Internacional Comunista, que comenzó (en la época de Lenin y Trotsky) denunciando al sionismo como ejemplo mundial de colonialismo, ⁵⁰ terminaría, con Stalin, apoyando al sionismo. Esa trayectoria de degradación, pasa por el apoyo y la alianza con los imperialismos «democráticos» en la década del 30, justamente cuando las masas palestinas hacen su máximo esfuerzo para acabar con el imperialismo «democrático» que las oprime. De esa forma, el Partido Comunista Palestino se aísla de las masas árabes, va de tumbo en tumbo y de crisis en crisis, hasta que, en 1948, termina apoyando la partición del país y la creación del Estado de Israel.



Control militar en el transporte público

colonial más fuerte del mundo; era el imperialismo que más se había recuperado de la crisis de 1929/30; tampoco tenía grandes problemas en su «frente interno» que le impidieran volcarse a la represión de las masas coloniales.

- Las direcciones del movimiento nacional árabe. El escritor árabe Fawwaz Trabulsi nos dice: «La poco lógica elección que siguió fue entre el clan pro-británico de Nasha-shibi y el de Housseinis, comandado por el notorio Muftí -en otro tiempo títere británico- que se volvió hacia las potencias del Eje a mediados de la década del 30. Este es el liderazgo que traicionó el levantamiento de 1936, cuando bajo la presión de los gobernantes de Irak, Transjordania y Arabia Saudita levantó la Huelga General para negociar con Gran Bretaña. La numerosa clase de campesinos sin tierra y desplazados hizo sentir su presencia por la continuación de una violenta guerra de guerrillas que fue derrotada al estallar

• El tercer y último factor -pero no el menos importante- fue la acción del sionismo. No necesitamos aclarar que en todas las luchas entre las masas palestinas y el imperialismo inglés, el sionismo se alineó siempre con el imperialismo. Pero su acción no fue meramente «política»: fue la de disgregar y marginar a toda una sociedad y a todo un pueblo, a ese 93% de árabes palestinos que había en 1917, de modo tal que en 1949 (un año después de crear el Estado) se hallaban reducidos al 16%⁵¹ dentro de Israel. Y el resto, viviendo en la miseria de los campamentos de refugiados, fuera de su país y de su tierra. Veamos cómo se dio este proceso.

La liquidación económica de la población árabe

«Cuando ocupemos la tierra... expropiaremos poco a poco la propiedad privada en los Estados que se nos asignen. Trataremos de desanimar a la población pobre alejándola más allá de la frontera, procurando empleo para ella en los países intermedios y negándole cualquier empleo en nuestro país... Tanto el proceso de expropiación como de eliminación de los pobres deberá ser llevado adelante discretamente y con circunspección».⁵² Esta anotación de Teodoro Herzl en su «Diario», además de probar que él realmente no ignoraba la existencia de nativos en el lugar donde quería crear el Estado Sionista, constituye de por sí todo un programa. Si a este programa lo vestimos con algunas frases «socialistas», tales como que se niega empleo a los árabes para «no explotarlos», que saque la tierra a los árabes se hace para «terminar con el feudalismo», etc., etc., tendremos el programa aplicado por el sionismo en Palestina y que permitió la creación del Estado de Israel. Con una pequeña diferencia: que la «expropiación... [y] eliminación de los pobres» no pudo ser consumada «discretamente y con circunspección», sino mediante la fuerza bruta, ya que estos pobres tuvieron la mala ocurrencia de oponerse.

«El gradual fortalecimiento de este colonialismo marginante [de los árabes] -dice Jon Rothschild- se realizó bajo tres consignas, que fueron los pilares del movimiento sionista en Palestina desde el comienzo de la colonización

hasta el establecimiento del Estado de Israel y aún después.

«Estas consignas fueron: kibush hakarka (conquista de la tierra), kibush haavoda (conquista del trabajo), y t'ozteret haaretz (producto de la tierra).

«Detrás de estas sonoras palabras, había una negra realidad. Conquista de la tierra significaba que toda la tierra posible fuera adquirida (legalmente o de otras maneras) a los árabes, y que ninguna tierra poseída por judíos fuera vendida o de alguna manera retornada a los árabes. Conquista del trabajo, significaba que en las fábricas y tierras poseídas por los judíos fueran empleados exclusivamente trabajadores judíos, en la medida de lo posible. El trabajador árabe era boicoteado. De hecho, la Histadrut, que hoy finge ser la «Central Obrera» en Israel, fue creada para... imponer el boicot a los trabajadores árabes... Producto de la tierra, significaba practicar el boicot a la producción árabe por parte de los colonizadores judíos, y sostener solamente la compra de productos de las tierras o negocios judíos.»⁵³

El efecto de esta política sobre el pueblo palestino era catastrófico. Los sionistas eran minoría, pero minoría en constante crecimiento. Por otra parte, aunque minoritarios, poseían un poder económico -que es lo que cuenta decisivamente- mucho mayor que el de los árabes. Y esto sin tener en cuenta su estrecha ligazón con el imperialismo, de que luego hablaremos.

Naturalmente, las primeras víctimas de esta extraña política «socialista» del sionismo eran los obreros y campesinos árabes, reducidos a la condición de obreros sin trabajo y de campesinos sin tierra, hundidos en la miseria y la desesperación.

La otra cara del kibutz «socialista»

La situación del campesino palestino, del fellah, ya era mala. El sionismo fue el encargado de llevarla al extremo.

«Según el Informe del Comité de Estudio de las Condiciones Económicas de los Agricultores en Palestina -dice T. Cliff en 1946- comunmente llamado «Informe Johnson-Crosbie», solamente el 23,9% de lo que produce el fellah queda en sus manos, mientras que el 48,8% lo consumen los impuestos gubernamentales, la renta de los propietarios de las tierras⁵⁴ y el interés del usurero. Para comprender hasta qué punto es bajo el standard de vida de un campesino árabe, en razón de la forma atrasada de su economía y de su explotación por diversos parásitos (que constituyen la principal barrera para el desarrollo de su economía) haré la comparación entre el régimen de un fellah y aquel que el gobierno acuerda a los presos. . . [para calcular los gastos en libras esterlinas] hago la suposición de que un fellah, su mujer y sus cuatro hijos se hallan presos:

	Familia fellah en prisión	Familia fellah en libertad
Trigo y mijo	5,1 £	10 £
Aceitunas y aceite de oliva	3,8 £	3 £
Legumbres, lentejas y lácteos	12,9 £	4 £
Arroz, azúcar y otros productos, comprados por el fellah fuera de su tierra	6,7 £
TOTAL	43,2 £	18 £

«Estos cálculos -concluye T. Cliff- nos dan una idea de las terribles condiciones que soportan las masas de fellahim de Palestina»⁵⁵

Y, por si esto fuera poco, vino el sionismo. Este compraba el suelo al propietario-usurero, y aldeas enteras eran arrojadas a los caminos. Claro, el árabe era demasiado «bárbaro» e «ignorante» como para consolarse pensando que en la tierra que habían trabajado los abuelos de sus abuelos, hoy se instalaba un avanzado kibutz «socialista» con colonos venidos de Europa. Como no era capaz de apreciar tan enorme «progreso», perdió los estribos y provocaba rebeliones como las de 1936/39. Y aquí intervenían las tropas de Su Graciosa Majestad Británica y de la Haganá (ejército extraoficial del sionismo) para hacerlo entrar en razón. Así el sionismo iba «conquistando la tierra».

No necesitamos aclarar que semejante proceso es lo opuesto a una reforma o revolución agraria. Los sionistas se oponían con uñas y dientes a cualquier iniciativa en ese sentido, incluso a los tímidos proyectos que a veces sacaba la administración británica. Es que una auténtica reforma agraria, es decir, darle la tierra al fellah y librarlo de los parásitos terratenientes y usureros hubiera significado el fin del sionismo.

La pretensión de los colonizadores sionistas de emparentarse con Emiliano Zapata, Hugo Blanco o cualquier otro revolucionario agrario, daría risa si es que no diera indignación.

La otra cara de la Histadrut «socialista»

Este árabe desalojado de la tierra se encaminaba a la ciudad. Allí la cosa no era muy distinta en comercios y fábricas. Los árabes eran expulsados o se les negaba trabajo en las empresas de propiedad sionista o de capital extranjero (concesiones), las que generalmente se hallaban administradas por gerentes sionistas. Para comprender lo que significa esto, veamos la siguiente estadística de acuerdo al «empadronamiento industrial de 1939».⁵⁶

	Inversiones	Fuerza motriz
Industrias propiedad de árabes	6,5%	2,2 %
Industrias propiedad de sionistas	40,3%	22,0 %
Concesiones	53,2%	74,9 %

Adónde encontraba entonces trabajo un árabe? Ya vimos la «otra cara» del kibutz «socialista». Ahora conocemos la otra cara de la Histadrut «socialista», porque este presunto «sindicato» no fue creado para la lucha de todos los obreros (cualquiera sea su nacionalidad, lengua o supuesta «raza») contra los patronos, sino para la «conquista del trabajo», para expulsar a los obreros árabes de sus empleos. El Ku-klux-klan y los «sindicatos de blancos» hacen lo mismo en los EE.UU. sin manchar la palabra «socialista»: ellos también tratan de impedir que los pobres negros sean explotados por los capitalistas blancos, expulsándolos especialmente de los empleos calificados. Si lo que hacían -y hacen los sionistas- no es racismo, ¿a qué hay que llamar racismo?

¿Hace falta decir que esta monstruosidad de hacer enfrentar a unos trabajadores contra otros aprovechando sus diferencias «raciales» no tiene nada que ver con el socialismo? ¿Hace falta decir que este repugnante racismo es incompatible total y absolutamente con el marxismo? Nadie tiene derecho a llamarse socialista -y menos todavía, marxista- si no defiende un mínimo principio internacionalista es decir, si no está por la unión de todos los obreros, cualquiera sea su nación, «raza» o lengua.

«¡Trabajadores del mundo uníos!» Con esa consigna nació y vive el socialismo marxista «¡Obrero judío lucha contra el trabajador árabe, únete al patrón sionista o inglés para echarlo del empleo, no lo admitas en tu sindicato, la Histadrut!» ésas fueron las consignas del «socialismo» sionista. El marxismo y el sionismo son completamente incompatibles.

Cuando la Histadrut «socialista» no podía impedir que en algún lugar trabajaran juntos árabes y judíos, tuvieran relaciones fraternales, y lucharan unidos contra la patronal, entonces intervenían otras organizaciones sionistas, como el Irgún y el grupo Stem para «convencerlos».

Un caso famoso fue el de la Refinería de Petróleo de Haifa, ocurrido 31 de diciembre de 1947, donde se ve-

nían dando luchas conjuntas de obreros árabes y judíos contra la patronal imperialista. Esto, por supuesto, no agradaba ni a los sionistas, ni a los árabes reaccionarios, menos a la empresa y al gobierno británico. En esa fecha, un comando del Irgún arrojó bombas y ametralló a una cola de obreros árabes que estaba en la puerta por trabajo. Seis fueron muertos y decenas heridos. Aprovechando esto, agentes provocadores entre los árabes incitaron a los trabajadores palestinos a atacar a sus compañeros judíos. Se desencadenó entonces una lucha fratricida dentro de la refinería con centenares de muertos y heridos.⁵⁷

Los activistas obreros y estudiantiles que nos leen, conocen el valor sin precio de la solidaridad de clase, sea por su lucha en fábrica, o sea por las huelgas y conflictos que han apoyado desde afuera. Les pedimos que se detengan aquí un momento y mediten sobre este ejemplo de «socialismo» sionista.

La otra cara del «producto de la tierra»

La tercera consigna, (t'ozteret haaretz) «producto de la tierra», cerraba el circuito. El sionismo imponía el boicot por la fuerza de todo producto árabe. ¡Hay del fellah que se atrevía a llevar su carrito de verduras a algún barrio dominado por los sionistas! ¡Pobre del ama de casa judía a quien alguna banda de matones de la Histadrut descubriría comprando media docena de huevos a un árabe! ⁵⁸

Aunque los sionistas eran minoría (al proclamarse el Estado de Israel constituían sólo un tercio) su capacidad de compra era mayor. Estas medidas -ligadas como veremos más adelante a la acción del imperialismo inglés- eran un ataque en bloque a la sociedad palestina en su conjunto, ya que el objetivo final era expulsarla de su país. Dado que entre los sionistas y el imperialismo se manejaban las palancas claves de la economía, dado que el imperialismo sumado al sionismo superaba abrumadoramente a los árabes en todas las etapas del circuito económico, desde la producción al consumo, y en casi todas las ramas de la producción, este triple boicot a los árabes (en el campo, en el trabajo, y en la producción y el comercio) tendía a convertir al conjunto

de los palestinos en una masa marginada y desarraigada de toda actividad económica. El paso final sería empujarla fuera de Palestina.

Ese ataque en bloque y esa disgregación «molecular» de la sociedad palestina dificultaba -como ya anticipamos- el surgimiento de una dirección árabe que estuviera a la altura de la situación. Aunque quienes más sufrían eran los trabajadores de la ciudad y del campo, al aparecer esta agresión colonial como dirigida contra el conjunto de los palestinos, se hacía muy difícil una diferenciación de clases que desplazara de la dirección del movimiento nacionalista palestino a las viejas familias tradicionales; se hacía difícil, por no decir imposible, que surgiera -no hablemos de una dirección marxista revolucionaria- por lo menos una dirección pequeño-burguesa radicalizada, como es la actual dirección de la Resistencia Palestina. Y fuera de Palestina la cosa no era mejor. Como «voceros» del mundo árabe aparecerían personajes de la calaña del Rey Faruk de Egipto o del Rey Abdullah de Jordania, títeres del imperialismo inglés, que habrían de consumir la traición al pueblo palestino.

La otra cara del sionismo como «movimiento de liberación nacional»

«No podemos desconocer los grandes intereses que Inglaterra tiene en el Mediterráneo. Afortunadamente para nosotros, los intereses de Inglaterra en el mundo tienen como base esencial la preservación de la paz y, por lo tanto, no somos los únicos que vemos en el fortalecimiento del Imperio Británico una importante garantía para el fortalecimiento de la paz internacional. Inglaterra contará con bases defensivas marítimas y terrestres en el Estado Judío y en el corredor británico. Durante muchos años, el Estado Judío necesitará de la protección militar británica, y ser protegido implica un cierto grado de dependencia.»⁵⁹

Estas palabras de Ben Gurión, patriarca del Estado Sionista, vertidas en su informe al 19º Congreso Sionista de 1935, reflejaban bastante bien el «casamiento» entre el sionismo y el imperialismo británico durante los años de su «Mandato» en Palestina. Sin embargo, en esta encendida declaración de



Armamento moderno contra poblaciones civiles en Beit Jala

amor, se hallaba la futura causal de divorcio y nuevo casamiento del sionismo, esta vez con el imperialismo yanqui. Veamos qué pasó.

El sionismo se engancha a la colonización inglesa de Palestina desde la Declaración Balfour. Pero, hay que precisar, se engancha como socio menor: «Aquí en Palestina -señalaba T. Cliff- el imperialismo se sirve de un arma que ha utilizado desde hace más de veinte años para someter a la población árabe: el sionismo. El sionismo ocupa un lugar especial en las defensas imperialistas. Juega un doble rol: en primer lugar, directamente, como un pilar importante del imperialismo, dándole su apoyo activo y oponiéndose a la lucha liberadora de la nación árabe: Además, juega el papel de sirviente pasivo detrás del cual el imperialismo puede esconderse y contra el cual puede orientar la cólera de las masas árabes».⁶⁰

Veamos algunos ejemplos de cómo se combinaba este doble rol: «Una compañía inglesa de electricidad monta una empresa en Palestina y nombra a un sionista como gerente general. El resultado es que ahora cuando en cada colo-

nia la lucha antiimperialista se caracteriza por huelgas, manifestaciones y boicots contra las filiales de empresas extranjeras, en Palestina el boicot contra la Compañía de electricidad toma otro aspecto: aparece como una manifestación «antisemita»... Otro ejemplo aclara aun más las cosas -añade Cliff-. En Siria y el Líbano se han producido grandes manifestaciones, algunas de ellas violentas, contra el establecimiento de la Compañía de Camiones Steel Bros, aquí en Palestina, los sionistas «socialistas» y la Histadrut, a cambio de una miserable recompensa, se ponen al servicio de la Steel Bros y le permiten instalarse firmemente en el país... Si el Ejército Británico, en el período de 1936/39, mató a miles de guerrilleros árabes (de la misma manera que los italianos mataron a los abisinios, o los japoneses, los holandeses y los ingleses matan hoy a los indonesios) esto no lo hace para mantener su dominio -¡Dios libre y guardé!- sino para «proteger a los judíos»... El sionismo descarga así al imperialismo de responsabilidad por los actos de explotación y opresión.⁶¹

En esta política jugó un gran papel la Haganá, el ejército «extraoficial» que formó el sionismo en Palestina durante el Mandato Británico y con el cual expulsaría en 1948 a la mayoría de sus habitantes árabes. Dentro de la mitología del sionismo como «movimiento de liberación nacional», la Haganá suele ser comparada con las guerrillas de Castro, con el Vietcong, etc., etc. La Haganá habría desarrollado una lucha heroica contra el ejército de ocupación británico.

Es una lástima que los apologistas de «izquierda» del sionismo se vean desmentidos por los mismos sionistas. Tomemos, por ejemplo, el libro «Antología Israel», editado en Buenos Aires por la AMIA (lo que prácticamente significa decir «versión oficial sionista») y veamos qué era y qué hacía este «ejército de liberación nacional».

Allí el Sr. Moshe Pearlman comienza su «Historia de la Haganá» con las siguientes palabras: «Resulta evidente que las autoridades militares británicas reconocieron siempre la existencia de la Haganá». ⁶² Conocían su finalidad (sic). Tenían amplia experiencia en lo relacionado con su empleo como fuerza defensiva en los asuntos palestinos internos... En el transcurso de este período, las autoridades militares británicas trabajaron abier-

tamente con la Haganá, sin escatimar jamás elogios por las tareas bien realizadas. ¡Qué extraño «ejército de liberación nacional» que es éste!

¿Pero, cuáles eran estos «asuntos palestinos internos» y estas «tareas bien realizadas» que merecían tantos elogios a El Sr. Pearlman lo dice más adelante: «podía haberse esperado que la Administración (inglesa) poseyera el coraje de legalizar la situación de la Haganá después de su foja de servicios durante los años 1936/39 en los disturbios árabes». ⁶³ ¿Está claro ahora, señores macaneadores de la «izquierda» prisionista, qué era y para qué servía la Haganá?

En 1939, el Ejército Británico y su socio menor, la Haganá, obtienen una victoria aplastante sobre las guerrillas palestinas. Pero, por esa fecha, comienzan los roces entre el sionismo y los británicos. Ya con anterioridad se había escindido una minoría sionista, la «revisionista», dirigidos por Jabotinsky ⁶⁴, que habría de constituir luego las organizaciones terroristas Irgun y Stern que atacaban a los árabes y a los británicos. La pelea que terminaría en divorcio tiene por eje las restricciones que en su libro Blanco de 1939 impone a la compra de tierras y a la emigración sionista a Palestina el gobierno inglés ⁶⁵.



Tras una barricada ardiendo, jóvenes resisten a las fuerzas sionistas en Hebrón, Cisjordania

¿Por qué hace eso el imperialismo británico?

«El sionismo quiere construir un Estado capitalista judío fuerte. El imperialismo [inglés] está interesado en la existencia de una sociedad capitalista judía que lo cubra del odio de las masas coloniales, pero no que el sionismo devenga un factor demasiado poderoso. En lo que concierne a este último punto, está dispuesto a probar su «justicia» frente a los árabes y está dispuesto a conceder parte de sus justas reivindicaciones a expensas del sionismo. Para asegurarse los servicios del sionismo, en tanto que sostén directo contra toda insurrección antiimperialista..., el im-

perialismo no tiene necesariamente menester de dejar florecer al sionismo. Una población sionista de 600.000 personas son suficientes para cumplir ese rol.» ⁶⁶ Pero, lo que es más importante, en 1939 el Imperio Británico se hallaba ante una nueva guerra mundial. Debía darse una política global para el conjunto del mundo árabe y colonial que dominaba, a fin de mantenerlo en «paz» mientras disputaba con el imperialismo alemán. Para eso, Inglaterra, contaba con la colaboración de Abdullah y demás títeres árabes y con la ventaja de haber aplastado la más seria amenaza: la rebelión palestina.

Había que dar algunas concesiones que hicieran aparecer a los carniceros ingleses de Palestina como «protectores de los pueblos árabes». Y el socio menor -el sionismo- pagaba los gastos de la operación.

Pero la «lucha» que se entablaría entre el sionismo y la administración británica era cualquier cosa, menos una lucha antiimperialista. ⁶⁷ Se trataba de la contradicción clásica entre los intereses globales y generales del Imperio y los intereses particulares de un sector de colonizadores. Es la misma contradicción que hubo entre los colonos franceses de Argelia y el gobierno de De Gaulle o entre los colonos blancos

de Rhodesia y Sudáfrica, por un lado, y el imperialismo inglés, por el otro; contradicción que llevó a la «independencia» de estas colonias inglesas. ¿Pero habrá algún caradura que se atreva a sostener que éstas fueron «luchas antiimperialistas»?

Aparece el «nuevo Moisés»

«Presiento que el presidente [de los EE.UU.] será el nuevo Moisés que hará nacer el niño de Israel en el desierto»⁶⁸. Estas declaraciones «proféticas» de un congresal norteamericano al salir de una reunión con el presidente yanqui, eran consignadas con satisfacción por el *Jerusalem Post* del 6 de marzo de 1944. La «Divina Providencia», esta vez encarnada en los EE.UU., se aprestaba a desencadenar un nuevo «milagro», de los que tanto abundan en la historia del sionismo. Y, como siempre, a costa de los árabes.

¿Qué había pasado? Escuchemos nuevamente a Ben Gurión: «Nuestra mayor preocupación [al comenzar la II Guerra Mundial] era la suerte que le sería reservada a Palestina después de la guerra... Ya era manifiesto que los ingleses no conservarían su Mandato. Si se tenían todas las razones para creer que Hitler sería vencido, era del todo evidente que Gran Bretaña, aún victoriosa, saldría muy debilitada del conflicto... Por mi parte, yo no dudaba que el centro de gravedad de nuestras fuerzas debía pasar del Reino Unido a Norteamérica, que estaba en camino de asegurarse el primer lugar en el mundo...»⁶⁹

Ya vimos cómo, en 1917, el sionismo «confiaba su destino» al Foreign Office y al Gabinete de Guerra Imperial inglés. En 1939, ante el nuevo reparto imperialista del mundo, el sionismo cambiaba al Foreign Office por el Departamento de Estado yanqui. La presunta lucha «antiimperialista» del sionismo era -simplemente- el paso de un socio al otro.

Enlazado con su nuevo «centro de gravedad», los EE.UU. el sionismo marchaba así a paso firme hacia la creación del Estado. Ya durante el Mandato, los ingleses habían hecho una propuesta de partición de Palestina que Ben Gurión aceptó de inmediato (Propuesta de la Comisión Peel de 1937). Aunque sólo se les daba la cuarta parte de Palestina, Ben Gurión estaba dispuesto a tomarla como base de la futu-

ra expansión: «el Estado judío que se nos propone -dice en ese momento Ben Gurión- no corresponde a los objetivos sionistas, pero eso será una etapa decisiva para la realización de nuestros grandes designios... Romperemos las fronteras que nos impusieron»⁷⁰

Finalizada la II Guerra Mundial, la cuestión de Palestina comenzó a ser tratada por las Naciones Unidas. Se repetía la farsa de la Sociedad de Naciones. Nuevamente sin la menor consulta al pueblo palestino, nuevamente violando de la forma más grosera su derecho a la autodeterminación y a disponer de su país y de sí mismo, las grandes potencias se aprestaban a dar «status» legal a la situación colonial creada en el curso de la dominación británica. Así, en el 29 de noviembre de 1947 se vota la partición de Palestina en dos Estados: uno sionista y otro árabe.

Resumiendo el significado de esta votación y explicando la justa cólera que levantó en las masas de todo el mundo árabe, dice Rodinson: «Para las masas árabes, aceptar la decisión de las Naciones Unidas tenía el significado de una capitulación incondicional a un diktat, el mismo tipo de capitulación de los reyes negros o amarillos del siglo XIX delante de los cañones apuntados hacia sus palacios. Europa había enviado colectivamente colonos cuyo objetivo era apoderarse de una parte del territorio nacional. Durante el período en que una reacción indígena habría sido suficiente para expulsar fácilmente a esos colonos, tal reacción había sido impedida por la policía y las tropas británicas representantes de la colectividad de naciones euro-americanas. Esa reacción había sido desarmada moralmente por la garantía falaz de que sólo se trataba de la implantación pacífica de algunos grupos desgraciados e inofensivos, destinados a permanecer minoritarios. Y después, cuando se revelaba la real intención de esos grupos, el mundo euro-americano, unido a pesar de sus divergencias internacionales, desde la URSS socialista hasta los EE.UU. ultracapitalistas, querían imponer a los árabes la aceptación del hecho consumado. Con respecto a los árabes, la liquidación de la Segunda Guerra Mundial repetía la amargamente los embustes de la Primera.»⁷¹

Stalin: padrino del segundo casamiento del sionismo

«La delegación de la Unión Soviética no puede dejar de expresar su espanto por la posición que los países árabes adoptaron en la cuestión Palestina; todos nos quedamos sorprendidos (sic) de ver a esos estados, o por lo menos a algunos de ellos, recurrir a las armas y entregarse a operaciones militares con el fin de reprimir al movimiento de liberación nacional que nace en Palestina».⁷² Así hablaba Andrei Gromyko, delegado de Stalin, en la sesión del 12 de mayo de 1948 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. La URSS no sólo se había unido a los EE.UU. para legalizar la situación colonial en Palestina; también habría de enviar armas y aviones a los sionistas por intermedio de Checoslovaquia. Además, la URSS fue la primera potencia que reconoció a Israel; lo hizo incluso antes que los EE.UU.

Claro que este «certificado de movimiento de liberación nacional» que le firmaba Stalin al sionismo, lo único que «certificaba» era la completa degradación de la burocracia soviética. Era una traición más en larga lista stalinista.

Ya hemos señalado la opinión de Lenin y Trotsky a los comienzos de la aventura sionista en Palestina. Veinticinco años después, los hechos habían confirmado plenamente el carácter colonialista y proimperialista del sionismo. Pero esto era lo de menos para la burocracia soviética. Lo único que le importaba era la partida de ajedrez diplomático que se jugaba a tres puntas entre los EE.UU., la URSS e Inglaterra.

Sobre la burocracia soviética recae igual responsabilidad que sobre los EE.UU. en lo que respecta a la creación del Estado colonial y racista de Israel, igual responsabilidad en la negación de los derechos democráticos y nacionales del pueblo palestino.

El apoyo de la URSS al colonialismo sionista trajo consecuencias mucho más graves que las armas y los aviones que le enviara en 1948 para masacrar a los árabes. Significó -por un lado- el aislamiento de los palestinos de las masas trabajadoras de fuera del mundo árabe. Los stalinistas, unidos a los socialdemócratas, fueron quienes desparramaron en todo el mundo la mentira de un Israel «progresista» combatiendo contra las «hordas feudales». Si

esta mentira hubiera quedado a cargo exclusivo del Sr. Ben Gurión y de su nuevo consorte, el gobierno yanqui, a pocos hubiera convencido. Pero los partidos comunistas y socialdemócratas la tomaron a su cargo, volcaron toda su autoridad y el peso de sus aparatos para hacérsela tragar a millones de trabajadores, estudiantes e intelectuales de izquierda. Igual que los sionistas, se aprovecharon del horror del mundo ante la barbarie nazi y la matanza de 6.000.000 millones de judíos, para ocultar que los sionistas en Palestina venían practicando el mismo racismo contra los nativos y con métodos similares.

Por otro lado, la traición stalinista, enlodaba al socialismo y al marxismo ante los ojos de las masas árabes. De ese modo, las hacía presa fácil de las manipulaciones de los elementos más reaccionarios -como los de la Hermandad Musulmana, por ejemplo-, o las abandonaba en manos de los Faruk y los Adbullah.

La Cuarta Internacional fue la única tendencia de izquierda antisionista

Mientras el stalinismo y la socialdemocracia apoyaban fervorosamente al sionismo y la creación de Israel, los trotskistas planteaban: «¡Abajo la partición de Palestina! ¡Por una Palestina árabe, unida e independiente, con plenos derechos de minoría nacional para

la comunidad judía! ¡Abajo la intervención imperialista en Palestina! ¡Fuera del país todas las tropas extranjeras, los «mediadores» y «observadores» de las Naciones Unidas! ¡Por el derecho de masas árabes a disponer de ellas mismas! ¡Por la elección de una Asamblea Constituyente con sufragio universal y secreto! ¡Por la revolución agraria!»⁷³. Y el Grupo Trotskista Palestino señalaba: el imperialismo yanqui «... ha ganado un agente directo: la burguesía sionista quien, por este hecho, se ha tornado completamente dependiente del capital americano y de la política americana. De aquí en más, el imperialismo yanqui tendrá una justificación para intervenir militarmente en el Levante cada vez que lo crea conveniente... la consecuencia inevitable de esta guerra será la dependencia total del sionismo al imperialismo norteamericano».⁷⁴

La guerra de 1948 comenzó en 1947

El rechazo árabe a la partición condujo a una lucha que llevaría en 1948 a la intervención de varios estados árabes, principalmente Transjordania (hoy Jordania) y Egipto, y terminaría en su derrota.

Lamentablemente aquí vamos tener que desmentir a otro mito del sionismo: el de «el pequeño grupo de sionistas contra el gigante de 100 millones de árabes», «David contra Goliath», etc. etc. En todos los enfrentamientos armados desde 1948, a excepción quizás de la última guerra en que la cosa anduvo algo más pareja, los sionistas han tenido siempre una neta superioridad militar. En 1947/48, mientras los palestinos se hallaban destrozados por la derrota de la insurrección de 1936/39, el sionismo contaba no sólo con la Haganá, organizada, armada y tolerada por los ingleses aún en los momentos de mayor roce con los sionistas, sino que también disponían de las unidades «irregulares» como el Irgún y otras y con varios miles de combatientes entrenados en las brigadas judías

del ejército inglés. El Gral. Dayan sale de esa escuela, por ejemplo.

En el libro oficial sionista «Antología Israel», antes citado, se dan cifras elocuentes.⁷⁵ Hagamos la suma:

Policía Rural Judía	2.000
Haganá	45.000
Palmaj (Unidades especiales entrenadas por los ingleses e iguales a los famosos y eficientes comandos de la II Guerra Mundial)	3.000
Irgún y otros terroristas	3.000
TOTAL	53.000

A estos hay que sumar varios miles de «voluntarios» venidos de Europa y los EE.UU.; entre ellos pilotos de caza, etc., veteranos de la II Guerra, que se sumaron a la contienda. Con ellos, llegamos a una cifra entre 60.000 a 70.000 combatientes sionistas, la mayoría de ellos de alta calificación técnica y/o militar.

¿Qué oponían contra ellos, las «horras» de «millones» de árabes? Hasta la intervención de los Estados árabes limítrofes, prácticamente la mayor fuerza organizada de los palestinos fue el «Ejército de Liberación» de Fawzi el-Kawakji, que entra a Palestina en enero del 48. Alcanzaba la pavorosa cifra de 5.000 hombres.⁷⁶ Había naturalmente muchos otros miles de resistentes en todas las aldeas y ciudades árabes. Pero la resistencia era desconectada y desorganizada militar y políticamente. Para que hubieran impuesto la superioridad de su número contra los colonizadores, los palestinos necesitaban un arma de la que carecían: una política y una organización revolucionarias, capaces de movilizar al conjunto de las masas palestinas y de los países árabes limítrofes. No necesitamos decir que este no era el objetivo de Abdullah, Faruk y demás personajes que aparecían como «representantes de la nación árabe». Por el contrario, estaban incubando una traición monumental.



Tapa de «Avanzada Socialista» semanario del PST, (24/10/73)

La extraña guerra de 1948 y la traición del rey Abdullah

Mientras la resistencia palestina era exterminada, mientras se sucedían matanzas de las que luego hablaremos, los gobiernos árabes reaccionarios se las pasaban de conferencia tras conferencia. El 14 de mayo de 1948 era proclamado el Estado de Israel. Al día siguiente, recién después de meses de lucha, intervienen, primero Transjordania, luego Egipto y en menor medida otros países árabes. Todos los ejércitos de los estados árabes que intervienen no pasan de 25.000 hombres, ⁷⁷ sin unidad de comando, por otra parte. Aun en esos momentos las fuerzas sionistas tuvieron una indiscutible superioridad militar.

La única fuerza capaz de medirse militarmente con la Haganá era la Legión Árabe de Transjordania, dirigida por oficiales ingleses. Y decir esto, ya es decir que iba a la derrota. Inglaterra, a quien le convenía aparecer ahora como «protectora» de los árabes, desarrollaba en verdad un doble juego. Mientras en las Naciones Unidas se había opuesto a la partición de Palestina, terminó acatando el bloqueo y embargo de armas y municiones a los beligerantes. Este «embargo», como sucedió en la guerra de Abisinia o en la de España, sólo afectaba a una de las partes en lucha, en este caso a los árabes. Pero el golpe final sobre los palestinos, habría de ser el pacto secreto entre Abdullah, rey de Transjordania y Golda Meir, representante en esos momentos del gobierno israelí. Este pacto consistía, sencillamente en repartirse Palestina. ⁷⁸ El Estado de Israel extendió su superficie más allá de las fronteras señaladas en el mapa de partición de las Naciones Unidas y el Rey de Transjordania, abuelo del actual Houssein, se apropió de Cisjordania. Al rey Faruk solamente le tocó un hueso: la franja de Gaza. Pocos años después, Abdullah sería ejecutado por un palestino; pero ese acto de justicia y desesperación no habría de cambiar la suerte de su pueblo. Comenzaba la tragedia del pueblo árabe de Palestina, despojado de su tierra y su derecho a la autodeterminación.

Como fabricar una «tierra sin pueblo»

Los colonizadores sionistas habían tenido tiempo de convencerse que la consigna de «tierra sin pueblo» no co-

rrespondía a la realidad de Palestina. Pero, si la «tierra sin pueblo» no existía, se podía en cambio fabricarla. Vimos cómo al principio de su colonización, las medidas económicas y políticas del sionismo tendían a una lenta pero firme marginación de la población árabe. Ahora este proceso daría un salto: la expulsión de la mayoría de los palestinos y la expropiación de sus bienes.

El líder sionista Weitz, director durante muchos años del departamento de colonización de la Agencia Judía, anotaba en su «Diario» en 1940: «*La única solución es una Palestina, o al menos una Palestina Occidental [al oeste del río Jordán] sin árabes... Y no hay otro camino que transferir todos los árabes desde aquí a los países vecinos, transferirlos a todos: ni una aldea, ni una tribu deben quedar*» ⁷⁹ Para realizar estos planes dignos de Hitler, sólo había un método: el que usaba Hitler. Y se usó.

Apenas votada la partición en las Naciones Unidas, comenzó una campaña de terror que obligó a la huida de las poblaciones árabes. Como principales ejecutores de las carnicerías se distinguieron los miembros del Irgún, organización terrorista que tenía la ventaja de ser «extraoficial». Es decir, que cuando efectuaba alguna masacre, Ben Gurión podía lavarse las manos. El dirigente de esta organización terrorista fascista era el famoso Menachen Begin, hoy líder del partido Herut, honorable miembro de la Knesset (parlamento de Israel) y no menos honorable ministro en multitud de gabinetes.

Sería imposible hacer el recuento de todas las matanzas de los colonizadores sionistas. Ya relatamos la hazaña del Irgún en la Refinería de Haifa el 31 de diciembre de 1947. Vamos a hablar ahora de Deir Yassin.

El exterminio de la aldea árabe de Deir Yassin ha sido calificado con razón como el My Lai del sionismo, comparándola con la célebre masacre perpetrada en esa aldea de Vietnam por las tropas yanquis.

Los testimonios básicos de la matanza de Deir Yassin fueron dados por el delegado de la Cruz Roja Internacional en Palestina, M. De Reynier, quien descubrió los cadáveres y alcanzó a salvar tres víctimas gravemente heridas. Su informe fue publicado en 1950 ⁸⁰. En abril del año pasado, el periódico israelí *Yedioth Aharonot*, pu-

blicó diversa documentación sobre la matanza, entre ella un informe secreto del soldado Meir Philipsky —que hoy es el general (r) Meir Pa'el— y que al producirse la masacre era «oficial de enlace» entre la Haganá y los grupos terroristas (Irgún Zvi Leumi (ET-ZEL) y grupo Stem (LEHI) ⁸¹. Los datos pueden resumirse así:

El día 9 de abril de 1948, unidades especiales de la Haganá tomaron la aldea de Deir Yassin, después de vencer una débil resistencia árabe. Finalizada la resistencia, la dejaron en manos de los carniceros de Irgún y Stern. Estos fueron casa por casa, exterminando a todos sus pobladores civiles, la mayoría de los cuales eran mujeres, ancianos y niños, ya que la mayor parte de los hombres se hallaban fuera de la aldea en esos momentos. Arrojando granadas de mano en las viviendas y luego ametrallando o degollando a los sobrevivientes, exterminaron alrededor de 250 árabes.

«*Junto con un grupo de habitantes de Jerusalem -relata el mencionado Philipsky- rogamos a los comandantes que dieran orden de parar la matanza, pero nuestros esfuerzos resultaron infructuosos. Entretanto, unos 25 hombres habían sido traídos fuera de las casas; fueron subidos en camiones de carga y llevados en marcha triunfal -como un triunfo romano- por los barrios de Mahaneh Yahuda y Zakhron Yosef (en Jerusalem). Cuando finalizó la marcha, fueron llevados a una cantera de piedras que queda entre Giv'at Sha'ul y Deir Yassin y allí muertos a sangre fría.*» ⁸² Los cadáveres de la aldea fueron arrojados a los pozos de agua; allí los descubrió el delegado de la Cruz Roja, De Reynier.

El historiador israelí Arieh Yitzhaqui, comentando en *Yediot Aharonot* la documentación publicada, destaca que lo de Deir Yassin «*siguió el esquema habitual de la ocupación de una aldea árabe en 1948. En los primeros meses de la guerra de la independencia, las tropas de la Haganá y el Palmach realizaron docenas de operaciones de este tipo.*» ⁸³.

El objetivo político de las matanzas de Deir Yassin, Lidda, Jaffa, etc. no puede ser más claro: fabricar la «tierra sin pueblo», «transferir -como decía Weitz- a todos los árabes desde aquí a los países vecinos...» Si hay dudas, el Sr. Menachen Begin, principal ejecutor de estos crímenes, las va a despejar: «To-